

# **LA SILLA VACÍA**

**- - - José Raúl Benitez - - -**

El patio de la familia Zeniquel era grande y tranquilo, lleno de zonas verdes. Habían pasado algunos minutos del mediodía, pero los pájaros todavía seguían en los árboles entonando su tranquilizador pitido y no tenían intenciones de dejar de hacerlo. Todo parecía indicar que ese sábado sería un día magnífico.

— ¡Queremos comer, queremos comer...! —cantaba Ezequiel golpeando las palmas de sus manos sobre la mesa, mientras Micaela, de tres años, lo imitaba y Bauer acompañaba con ladridos.

El asado estaba casi listo y Joaquín no tardaría en llevarlo a la mesa debajo del quincho.

— Coman esto mientras tanto —dijo Amanda Zeniquel, la esposa de Joaquín y mamá de Micaela, al mismo tiempo que le acercaba dos brochetas de verduras a los chicos.

Tomás intentaba prolongar un poco más aquella escena, tratando de concentrarse para recordarla por siempre. Porque él era feliz con esas cinco personas y no necesitaba a nadie más. Sintió temor, porque sabía que en dos años de ausencia podrían cambiar muchas cosas.

— Leí tu artículo en la revista, Tomás —dijo Amanda mientras acomodaba los últimos platos sobre la mesa—. Me pareció muy interesante y me ayudó a comprender mejor qué son los psicópatas. Es sorprendente el hecho de que casi nunca necesitan usar la violencia física, sino que mienten y manipulan a las personas apelando a su compasión y lástima, pretendiendo ser las víctimas. Las películas de Hollywood nos muestran algo totalmente distinto...

— Nunca debes creer mucho lo que ves en esas películas —dijo Fernanda, quien estaba sentada al lado de Tomás—. Son un invento de Yanquilandia para lavar cerebros igual que las propagandas nazis. ¿Sabés que en la historia universal hay tres grandes obras maestras propagandísticas para manipular a las personas?

Tomás no pudo escuchar cuáles eran esas tres, porque le interrumpió su cuñado:

— Che, Tomás —dijo Joaquín mientras la parrilla emanaba los últimos humos—, anoche llamé a Santiago para invitarlo a él y a Irene a almorzar con nosotros, pero me dijo que tenían cosas que hacer. Lo noté un poco raro, creo que estaba mal por algo.

Tomás se levantó de su silla y se acercó a la parrilla.

— Sí, ya sé, esta noche voy a pasar por su casa para averiguar si está con algún problema —dijo—. Pero es lógico que haya rechazado tu invitación, Santiago es vegetariano.

— ¿De verdad? —preguntó Joaquín sorprendido— ¡Tendrías que haberme avisado! Pero seguro si prueba esto se transforma en un depredador carnívoro, porque este asadito está para chuparse los dedos.

— ¿Necesitás que te ayude en algo?

— No, todo va perfecto, esto ya está casi listo. Mirá mis manos —dijo, levantándolas en el aire—, no sólo salvan vidas sino que también tienen un talento innato para cocinar asado.

Tal como Joaquín lo había predicho, el almuerzo estuvo delicioso y no quedó ni rastros de que alguna vez existió carne en esa casa. Luego de conversar un rato después de comer, improvisaron un torneo de ping pong: Joaquín y Fernanda contra Amanda y Tomás. El resultado fue una apabullante victoria de los hermanos Zeniquel.

Los chicos se habían ido debajo de un árbol junto a Bauer. Micaela abrazaba fuertemente a su pingüino de peluche, al cual Ezequiel amagaba con robarlo para tirarlo a la piscina.

— ¡Papi, Eshe me está molestando! —gritó Micaela mientras reía y corría graciosamente con su pingüino a refugiarse en los brazos de su padre—. Quiele tilal a Pinguy en la pileta.

— Eze, no te hagás el vivo con mi hija —espetó Joaquín con voz potente, pero Ezequiel no le hizo caso porque sabía que estaba bromeando.

— Voy a ir a España por dos años para hacer mi doctorado—dijo Tomás sorprendentemente, rápido y sin rodeos, porque no podía hacerlo de otra forma.

— ¿Cómo que te vas a España? No podés irte, ¡no podés! —gritó su sobrino como un autómatas.

Tomás intentó abrazarlo pero él lo esquivó y entró en la casa, procedido por su inseparable perro. Hubiera preferido que lo insultara o pegara, cualquier cosa antes que ese desprecio demostrado con ese frío silencio.

— Eshe, ¿a none vas? —preguntó Micaela al mismo tiempo que salía de los brazos de su papá e iba tras él.

Cuatro personas quedaron en el patio, de las cuales ninguna decía nada. Amanda fue la primera en felicitar a Tomás.

— Esta es una buena oportunidad —dijo.

El silencio de Joaquín era el más incómodo: si Ezequiel no lo hubiera ganado de mano, él también habría entrado a su casa sin decir nada porque era una buena forma de demostrar su disconformidad. Sin embargo, se quedó ahí, tratando de comportarse como un adulto, tal como lo estaban intentando su esposa y su hermana.

— Me alegro por vos —dijo Fernanda poniendo énfasis en las últimas dos palabras al mismo tiempo que se acercaba para abrazar a su novio. Después de todo, no tenía por qué asombrarse; Tomás era la persona más independiente que ella conocía y no consultaba nada con nadie.

Los cuatro entraron en la casa un par de minutos después y Tomás buscó a su sobrino pero no lo encontró por ningún lado. Entonces abrió la puerta principal.

Vio a Ezequiel tirado en la vereda y su corazón se detuvo por unos instantes. La cabellera color azabache de su sobrino contrastaba con la brillante sangre que le cubría la cabeza. Se acercó corriendo hacia él, completamente desesperado y temblando.

— ¡Joaquín! —llamó Tomás de inmediato para que su cuñado fuera a ayudarlo.

Se alejó unos pasos hacia atrás, y luego miró a su alrededor. A pocos metros de él, Bauer yacía muerto en el suelo con la garganta cortada. Miró inquieto por todos lados, buscando a Micaela con la mirada. Amanda también había pensado lo mismo.

— ¿Dónde está mi hija? —gritó aterrada, temiendo lo peor.

— Fernanda, traé las llaves de mi auto —dijo Joaquín acercándose a Ezequiel y viendo la herida en su cabeza. Sabía que si lo llevaba él mismo al hospital llegarían casi tres veces más rápido que si esperaban a una ambulancia.

Fernanda entró rápido a la casa y un par de segundos después salió con las llaves del auto.

— ¡Mica no está por ningún lado! —dijo Amanda al ver el muñeco de peluche de su hija tirado en la vereda.

— Tomás, buscá a Mica. Yo me encargo de Eze —dijo Joaquín, quien por algún extraño motivo estaba ciegamente convencido de que su hija no estaba herida sino que algo incluso peor había sucedido—. Conducí vos —agregó, mirando a su hermana, llevando a Eze en sus brazos y recostándolo en el asiento trasero del auto, con la cabeza del chico en su regazo—. Vas a estar bien, Eze, te lo prometo. No te preocupes, yo estoy acá. ¿Confías en mí, cierto?

Eze no contestaba sino que balbuceaba unas palabras ininteligibles y movía los ojos para todos lados. Estaba en shock y su temperatura corporal ascendía.

El timbre del teléfono sonó y Amanda entró corriendo a la casa para atenderlo. Temía lo peor, pero juntó fuerzas de dónde no había para poder levantar el tubo.

— Pague por el rescate de su hija lo que usted cree que ella vale —dijo una helada voz del otro lado del teléfono—. Si avisa a la Policía, la mataremos. Volveremos a contactarnos mañana.

La comunicación se cortó sin que ella pudiera decir una sola palabra y el sonido monótono del teléfono parecía burlarse de ella. Se quedó ahí, de pie, con las manos temblorosas y el resto del cuerpo petrificado. Respiraba violentamente y dejó caer el tubo del teléfono. Tomás entró a la casa al mismo tiempo que se escuchaba el ruido del auto al marcharse.

— Secuestraron a Mica —dijo Amanda con voz cortada—. Un hombre me dijo que el precio del rescate es el que nosotros creemos que ella vale —agregó entre lágrimas.

Tomás salió nuevamente de la casa sin decir ninguna palabra. Amanda lo siguió.

— Amanda, no te quiero aterrorizar, pero voy a decirte la verdad —espetó Tomás—. Aunque pagues todo el dinero del mundo sería inútil, porque es muy raro que devuelvan a un secuestrado aún después de que se haya pagado el rescate. En este caso las probabilidades son nulas, porque la brutalidad con la que trataron a Eze demuestra que son monstruos hijos de puta a quienes no les importa la vida humana... ni tampoco la animal —dijo agitado, mirando el cadáver de Bauer, al mismo tiempo que tragaba saliva e intentaba serenarse.

Tomás se movió inquieto de un lado a otro casi un eterno minuto, hasta que finalmente se detuvo en medio de la calle y observó de forma perspicaz las viviendas a su alrededor.

— Por favor, Tomás, hablame —dijo Amanda desconsolada, aunque dando lo mejor de sí para no perder la compostura—. Me estoy por volver loca, decime en qué estás pensando.

— Tu casa es grande por dentro pero su fachada es discreta —dijo Tomás a Amanda, aunque en realidad era como si estuviera hablando consigo mismo en voz alta para organizar sus pensamientos—. Es extraño que se hayan llevado a tu hija, pudiendo secuestrar a muchas criaturas de casas más lujosas en esta misma zona. Este es un barrio residencial y esta cuadra seguramente es una de las más ostentosas de la provincia. El pago del rescate podía ser mayor si se llevaban también a Eze, pero no lo hicieron. Lo más probable es que vos o Joaquín conozcan al secuestrador. Quien sea que se haya llevado a Mica sabía que era la hija de ustedes y la secuestró no sólo por motivos económicos.

— ¿Y por qué dijeron eso por teléfono? —preguntó Amanda.

— Para ganar tiempo.

— ¿Tiempo para qué? —gritó Amanda aterrorizada, temiendo lo peor.

— No tengo todas las respuestas, pero te prometo que voy a hacer lo que haga falta para encontrar a tu hija con vida cuanto antes.

Tomás volvió a entrar en la casa y llamó por teléfono a su tío Bruno para que fuera a quedarse con Amanda. Estaba seguro que él la podía consolar, porque Bruno siempre sabía qué decir en momentos difíciles.

Cuando su tío llegó, Tomás salió de la casa y se dirigió a su auto. Apoyó su frente sobre el volante y sus palmas acariciaron bruscamente sus cabellos, en la parte superior de su nuca. Luego levantó su cabeza y se echó hacia atrás en el asiento. Sus ojos brillaban y sus pupilas adquirieron un color rojo casi tan intenso como su rostro. Trabajaba mejor cuando un caso no lo afectaba directamente, pero ahora tenía mucho que perder si no encontraba a los secuestradores antes de que hicieran lo peor.

*Tenía hinchado un ojo, su labio inferior estaba cortado y podía sentir el dulce sabor de algunas gotas de su sangre. Su espalda estaba adolorida, al igual que su cabeza, y sus fosas nasales se encontraban casi tapadas y le ardían a causa de respirar tanto polvo. Estaba encerrado en ese sótano casi completamente a oscuras, sin más iluminación que la que entraba por el estrecho tragaluz, el cual no dejaba pasar mucha luz debido a que del otro lado había plantas que obstaculizaban los débiles rayos vespertinos del sol.*

*Sufría claustrofobia, pero en aquel momento esa enfermedad era el menor de sus problemas. Su respiración era brusca y rápida pero no tenía miedo, sino que era a causa de la bronca, humillación e impotencia. Faltaba menos de una semana para su décimo tercer cumpleaños, y se suponía que ese día tendría que dar su primer paso para convertirse en un asesino de gente inocente. Pero él se había negado, y ahora estaba pagando el precio de su decisión. ¿Cuántas horas estuvo encerrado ahí? Sentía que pronto iba a morir debido a la asfixia por el confinamiento, pero el sol se ocultaba en el horizonte y la oscuridad le recordó que pronto irían a matarlo.*

Cuando llegó al hospital con su novia, un grupo de gente con carteles que repartía folletos llamó su atención. Santiago pensó que era por reclamos de subas

salariales, pero estaba equivocado; se acercó un poco más y leyó un cartel que decía «NO A LA MUTILACIÓN INFANTIL». Una mujer hablaba por un altavoz:

— Buscan siempre justificar sus rituales primitivos y salvajes de miles de formas, haciendo declaraciones periodísticas falsas, manipulando estadísticas y creando desinformación.

Mientras Santiago se quedó distraído afuera, Irene entró al hall principal del Hospital General San Martín. La sociedad sanmartiniana conmemoraba con los trabajadores de la salud el aniversario del fallecimiento de su héroe. En Corrientes, al igual que en el resto de las provincias argentinas, el Padre de la Patria daba nombre a muchas cosas, como por ejemplo calles, plazas, escuelas, islas y hospitales.

— Pero Don José es un caso histórico excepcional —decía un hombre robusto que repartía algo que parecían ser chipacitos—, no sólo a nivel nacional sino en el mundo entero. Fue un hombre con todas las letras, con una vida carente de egoísmo y cobardía. El pueblo casi siempre exagera a sus héroes para hacerlos más nobles y perfectos de lo que realmente fueron, pero en el caso del General San Martín tan sólo una cosa es inventada: el famoso caballo blanco. Todo lo demás es verdadero. Muchos a lo largo de todos estos años trataron de encontrar algún detalle oscuro para ensuciar su buen nombre, pero no lo consiguieron.

Un hombre petizo vestido con traje y corbata intentaba pasar entre la multitud pero no podía. Se lo veía irritable y preocupado, y llevaba una gran valija negra que decía «Laboratorios Goldstein» en letras blancas.

Federico estaba inquieto cerca de unos asientos, caminando de un lado a otro, esperando la llegada de Santiago para ir a analizar la escena del secuestro. No podía sentarse, porque a pesar de que una enfermera le acababa de decir que la vida de su hijo estaba fuera de peligro, él seguía conmocionado por la noticia. Siempre había tratado de darle todo lo mejor a Ezequiel y había pensado muchas veces que algo malo le podía suceder, pero se trataba de una de esas cosas de las cuáles uno no tiene verdadera conciencia hasta que ocurren en realidad.

— Por favor, Joaquín, cualquier detalle es importante, la vida de tu hija está en peligro —dijo Tomás, quien estaba hablando con su amigo a unos metros de Federico.

— ¿Creés que no sé que Mica está en peligro? —contestó Joaquín.

Todas las esperanzas de Joaquín habían sido depositadas en Tomás. Estaba convencido de que él la encontraría, ¿pero si ya la habían matado?

— Cualquier cosa sospechosa es importante y me servirá en la investigación. Algo malo para contarme tiene que haber. Quizás algún caso de mala praxis debido a la presión y al estrés de la profesión. O una pequeña palabra imprudente que causó un severo daño iatrogénico en la mente de un paciente debido a su estado de máxima vulnerabilidad. Esta es una profesión muy competitiva, es suficiente que tu guardapolvo sea más blanco que el de los demás para despertar celos profesionales.

— Nombrame una sola profesión que no sea competitiva.

— O quizás una aventura con una enfermera —siguió diciendo Tomás sin hacer caso a su interlocutor—. Sé que muchos doctores pretenden que la relación profesional médico-enfermera sea vertical, pero cuando las llevan a sus departamentos secretos o a un motel, ambos se ponen en posición horizontal.

Tomás estaba incluso más nervioso que Joaquín y lo demostraba de su forma habitual, con su ingeniosa verbosidad debido a la tensión. Eso no significaba que Tomás quería más a Micaela que su propio padre, sino que Joaquín, como buen cirujano que era, había aprendido a mantener inalterable su pulso.

— ¿Qué querés decir con eso? —preguntó Joaquín.

— Muchos médicos se aprovechan de la situación y con frecuencia el estetoscopio no es lo único que llevan colgado al cuello.

Federico, quien estaba observando toda la discusión a unos metros, vio una polvorienta mancha blanca en el jersey de Tomás, a la altura posterior de su hombro. Eso lo aterrizó, porque sabía lo que esa mancha significaba.

— ... pero eso no importa, los pacientes pueden sufrir lo que yo llamo «*síndrome de la paciente del ginecólogo*» —decía Tomás—. Por más feo y desagradable que un ginecólogo pueda ser, muchísimas mujeres se enamoran de él, debido a la intimidad y la confusión provocada por la angustia y la inseguridad de la revisión médica. Supongo que algo similar pasa con los urólogos —hizo una pausa de unos segundos y luego agregó—: Necesito las llaves de la oficina de urología.

— Voy con vos.

— No, vos quedate acá. No hagas las cosas más difíciles de las que ya son.

Una duda invadió el cuerpo de Joaquín. ¿De verdad se podía confiar en Tomás en ese estado?

— Pensé que me conocías —dijo, tendiéndole la llave a su amigo.

— En una investigación criminal nadie conoce a nadie —dijo Tomás, alejándose de Joaquín.

Subió por las escaleras de mármol en forma de caracol para llegar a zona de los consultorios internos, mientras Joaquín y Federico lo perseguían, quienes a su vez eran seguidos por Irene y Santiago. Entró al departamento de urología y luego al despacho de su padre, cerrando la puerta tras de sí. Puesto que su padre era el jefe del departamento, ahí estaban todos los archivos que a él le interesaban. Se quitó el buzo y lo dejó sobre el escritorio; luego empezó a revisar las carpetas archivadoras que estaban sobre los estantes. De repente, la puerta de la oficina se abrió violentamente y entró su primo. Los portarretratos con fotos familiares de las paredes temblaron ligeramente.

— ¿Dónde puedo encontrar a tus hermanos? —preguntó autoritario Federico.

— Están de vacaciones, no sé dónde. ¿Por qué?

Federico se enojó con Tomás y de un rápido movimiento le ciñó unas esposas metálicas sobre su muñeca izquierda, asegurándose de ajustar bien el trinquete.

— ¿Qué estás haciendo? —preguntó Tomás, pero ya era demasiado tarde. Ahora estaba esposado de una mano en una columna del estante.

— Vos siempre fuiste el más inteligente de la familia, pero yo soy el más astuto —dijo Federico, al mismo tiempo que se quitaba apresuradamente su campera de jeans—. Quiero que te quedes acá; aunque estés esposado igual vas a poder seguir viendo esos archivos. Uno de tus peores defectos es que no podés pensar bien cuando algo te afecta personalmente, así que haceme caso y no hagas ninguna pelotudez que pueda poner en peligro la vida de la hija de Joaquín. Yo me voy a seguir una pista.

Tomás intentó liberarse de las esposas y le gritó a su primo pero fue en vano porque éste abandonó la oficina sin decir más nada.

— Eze se había tranquilizado un poco y me estaba por decir algo pero entró en un shock vehemente al ver a los enfermeros —decía Joaquín a Santiago—, así que tuvieron que sedarlo para que no se haga daño a si mismo. Federico, ¿tu hijo tiene fobia a los hospitales?

— No, nada de eso—dijo Federico, mientras cerraba con llave el departamento de urología.

En la puerta, un sobrio cartel informaba: «*Horario de atención: lunes, miércoles y viernes de 8 a 11 horas. Cirugías martes y jueves*». Federico miró por uno de los ventanales del hospital y se alegró de comprobar que el sol empezaba a ocultarse. En la oscuridad de la noche, sus crímenes tenían más probabilidad de quedar impunes.

— ¿Por qué cerrás con llave? Tomás está adentro... —dijo Joaquín.

— ¿Por qué tenés el buzo de Tomás? —espetó Fernanda, quien había llegado pocos segundos antes.

Federico les mostró la mancha en forma de palma que tenía el buzo y les explicó brevemente lo que estaba sucediendo.

— Cuando asaltan a una persona a la salida de un banco con este método, hay al menos dos delincuentes involucrados —explicó Federico—: uno es el encargado de la logística y el otro de la ejecución. El primero elige a las víctimas y las marca con tiza; el segundo es el asaltante. Por lo tanto, en esto hay al menos dos involucrados, porque o sino no veo la razón por la cual un tipo le haya marcado si podía reconocerlo él mismo a la salida. Es probable que el de la logística trabaje en este hospital y vio a Tomás de casualidad y no pensó en desaprovechar la oportunidad. Seguramente ese tipo ya avisó a alguien que lo espere afuera a Tomás. Ese, el segundo tipo, no reconoce la cara de Tomás sino que va a buscar a alguien con una mancha blanca en la espalda.

Santiago había aprendido sobre eso en la universidad pero sólo sabía que los delincuentes dejaban marcas en viviendas y vehículos. El sistema era simple pero ingenioso, ya que cada signo brindaba información delictiva útil; por ejemplo, un triángulo significaba que esa casa ya fue robada, un círculo que estaban policías cerca y una equis que los ocupantes estaban de vacaciones. Incluso existían símbolos más complejos, como aquellos que indicaban que esa casa se daba buen recibimiento si se hablaba de Dios o que allí vivía un discapacitado o una mujer sola.

— ¿Estás diciendo que quieren asaltar a Tomás? —preguntó Fernanda.

— No, no creo que quieran asaltarlo, sino secuestrarlo. Vos quedate acá —le dijo a Fernanda—, a vigilar que nadie intente entrar a la oficina. Los demás nos vamos de cacería: acaba de comenzar la temporada de secuestradores.

Salió del hospital por la puerta principal al mismo tiempo que las sombras de los edificios se volvían cada vez más largas y traicioneras, y los malvivientes esperaban en la oscuridad el momento de dar certeros golpes delictivos a los incautos transeúntes. La avenida 3 de Abril, con sus cuatro carriles, le pareció más inmensa y vertiginosa que nunca. Mientras tanto, Santiago, Irene y Joaquín se dirigían a la salida trasera, la cual estaba por la calle Rivadavia.

Con cada paso sus temores se acrecentaban. Minutos antes había estado seguro de que intentarían secuestrarlo pero ahora le invadía la duda. ¿Y si lo querían matar? Bastaría una puñalada en el abdomen o un artero disparo por la espalda para que cumplieran su objetivo.

¿Tomás estaba realmente a salvo esposado y encerrado en la oficina de urología?

Acarició levemente su pistola semiautomática a través del buzo, porque eso le llenaba de valor para seguir con el plan. Su cinturón ocasionaba que la parte trasera de la corredera de la pistola le presionara el ombligo, pero no le molestaba sino todo lo contrario: le daba una sensación de seguridad.

Dobló en la calle Mendoza y siguió caminando. No podía acobardarse, debía buscar venganza por lo que le hicieron a su hijo y por la muerte de Bauer. Cuando llegó a la calle Rivadavia, miró de reojo a la derecha para ver si estaban sus compañeros. Le tranquilizó verlos a los tres atentos a sus movimientos aunque disimulaban estar conversando. Cruzó la calle y luego se pasó a la senda peatonal izquierda, para que de esa manera ellos pudieran estar detrás de los posibles secuestradores.

A mitad de la cuadra, un auto frenó abruptamente y casi subió a la vereda. Con su mano izquierda, Federico se levantó el buzo, mientras que con la derecha sacaba astutamente el arma de su pantalón. Tres sujetos bajaron del vehículo rápidamente y él no dudó en disparar al conductor directo en una rodilla. Éste emitió un aullido de dolor, al mismo tiempo que caía tirado en la vereda.

Federico apuntó su arma hacia los otros dos delincuentes, pero Santiago e Irene ya tenían reducido a uno y Joaquín al otro. Habían aprovechado la sorpresa del disparo para embestirlos por detrás. Los tres malvivientes iban vestidos con holgadas camisetas y pantalones deportivos. Dos de ellos eran apenas adolescentes y sus rostros todavía estaban repletos de acné; el tercero, el que estaba baleado, era un tipo de unos cuarenta años.

— Soy el agente Di Bastian de la Brigada de Investigaciones ¿Quién fue el que te pagó? —le dijo Federico al delincuente baleado, pero este no reaccionaba—. ¿Me escuchás o te tenés sucia la oreja? Te voy a lavarla entonces —espetó al mismo tiempo que le escupía una flema en el oído y le sujetaba la cara para que no se diera vuelta y que la saliva siguiera el curso por sus conductos auditivos gracias a la fuerza de la gravedad—. Irene, buscá una bolsa de plástico, parece que estos quieren dar una vuelta a bordo de un submarino seco.

— ¡No, por favor no! —gritó uno de los adolescentes—. ¡Le diré todo lo que sé, todo lo que sé!

— ¡Callate, Pollo, la concha de tu madre! —dijo el delincuente mayor.

El escuálido impúber estaba aterrorizado y comenzaron a sudarles hasta las palmas de las manos. Había escuchado rumores de que Di Bastian contaba con un extenso repertorio de torturas, las cuales no titubeaba en usar con aquellos que no cooperaban con la investigación. Además, se decía que violaba a las mujeres y que a todos los detenidos en la comisaría les obligaba a tomar sus propias orinas y comer sus excrementos, por pura perversión. Antes pensaba que era sólo una leyenda urbana, pero ahora estaba seguro de que casi todo lo que contaban sus compinches era cierto.

— No sé cómo se llama, pero lo vi —dijo— Es un hombre pelirrojo, con la cabeza muy grande y cabello corto y enulado, parece como si tuviera todos los pelos pegados a la cabeza. ¡Tiene ojos verdes saltones como si fueren dos aceitunas!

— ¿Dónde está la nena? —gritó Federico poniendo una de sus rodillas en el suelo y presionándole el caño de la pistola al delincuente mayor en la sien derecha—. ¡Decime dónde está la nena o te quemo, hijo de puta!

— ¡No sé de qué me hablás, no sé de ninguna nena! —gritó llorando.

— ¿Cuál es el nombre del que te pagó? ¿Qué querías hacerme?

— ¡Se llama Elías Cohen! Nos pagó la mitad de lo acordado y dijo que dentro de tres días, cuando le diéramos una de tus manos, nos iba a dar el dinero restante. Me dijo que lo hiciera parecer un secuestro, pero que te matara y que después hiciera desaparecer tu cadáver. Yo tenía que cortarte la mano derecha, para que él comprobara a través de tus huellas digitales que...

— ¿Quién es Elías Cohen? —interrumpió Federico— ¿De dónde lo conocés? ¿A dónde vive? ¡Habla!

— No sé quién es, él se contactó conmigo. Apareció hace una semana en la plaza de nuestro barrio y dijo que tenía una changuita para ofrecerme —dijo con pánico entre sollozos—. Me dijo que debíamos secuestrar a unos cuantos nenes sin hacer preguntas, pero aunque la paga era muy buena no acepté. Tengo hijos pequeños, no hago daño a ninguna criatura. Entonces se fue enojado y no supe nada de él hasta hoy. Hace quince minutos volvió a aparecer en la plaza y dijo que tenía una nueva changuita urgente. Sabríamos quien era la víctima porque saldría del hospital marcado con tiza en la ropa.

— ¿Qué auto manejaba?

— No, no manejaba ningún auto. ¡Ningún auto! —balbuceó el criminal—. Las dos veces llegó y se fue caminando.

— Voy a llevar estos dos a la comisaría —dijo Federico, poniéndose de pie y mirando a sus compañeros—. Ojalá pueda averiguar algo sobre Elías Cohen en la base de datos. A veces estos tipos suelen ser muy estúpidos y dan sus verdaderos nombres.

— ¿Qué tienen en común Tomás y Micaela? —preguntó Santiago en voz alta pero no se dirigía a nadie en especial—. Lo único que se me ocurre es que los dos son hijos de urólogos que trabajan en este hospital. El plan no era secuestrar a Tomás, pero tuvieron que improvisar al verlo personalmente. No pudieron resistirse a la tentación.

Santiago detuvo su monólogo un segundo y miró preocupado a Joaquín.

— ¿Cómo mataron a Bauer? —preguntó

— Le cortaron la garganta, ¿por qué preguntás eso?

— ¿Qué pensás sobre la circuncisión ritual? —dijo

— ¿Por qué preguntás eso? —repitió Joaquín desconcertado.

— ¿Qué pensás sobre la circuncisión ritual? —espetó de nuevo Santiago, aunque sabía que la respuesta era obvia, porque Joaquín era un médico y no un rabino.

— Es una mutilación cruel y totalmente inútil.

— ¿Ezequiel vio a alguien con barbijo al llegar al hospital, en el momento en que entró en shock? —preguntó Santiago, exaltado.

— Sí, ¿por qué?

Santiago sabía que eran demasiadas coincidencias. Probablemente ninguno de sus compañeros entendía todas sus deducciones, pero él estaba seguro de lo que estaba hablando. Él tampoco nunca había superado su nerviosidad al ver a personas con el rostro cubierto con barbijos, porque eso le recordaba malos momentos.

— No vas a averiguar nada en la base de datos policial —dijo, dirigiéndose a Federico—, Elías Cohen no existe. Es un pseudónimo muy conveniente para lo que está haciendo ese cretino.

— ¿De qué estás hablando? —preguntó Irene.

— Lo secuestradores de Micaela son judíos ortodoxos que tenían la cabeza cubierta con *kipá*. Es por eso que Ezequiel se aterrorizó al ver a los enfermeros con barbijos, porque los barbijos se parecen al *kipá* y pensó que ellos le harían daño.

Joaquín escuchaba todo a unos metros, paralizado, porque se empezó a sentir culpable por lo que le estaba sucediendo a su hija.

— ¿Y por qué razón unos judíos ortodoxos harían eso? —preguntó Irene.

Santiago sacó un folleto de su bolsillo que decía «*NO A LA MUTILACIÓN INFANTIL*».

— Por esta razón —dijo—. Un grupo de judíos extremistas está a punto de lograr que aprueben una ley que decreta la circuncisión obligatoria a los recién nacidos en los hospitales públicos. Esta semana se citará a todos los urólogos de la provincia y a algunos pediatras y psicólogos para que den su opinión profesional sobre ese proyecto de ley. Tienen secuestrada a Micaela para extorsionar a Joaquín y que él diga en declaración jurada que la circuncisión es beneficiosa para la salud.

Irene miró el folleto. Federico siguió apuntando con su arma a los tres delincuentes tirados en el piso.

— Puede que tengas razón, pero tu razonamiento es simplista y te estás basando en suposiciones, no en hechos —dijo Irene incrédula.

— No, yo creo que tiene razón —dijo Joaquín.

— Ustedes no entienden —interrumpió Santiago fastidiado—. Yo sé de lo que hablo porque lo sufrí en carne propia con mi familia. Elías Cohen es un pseudónimo —continuó, tratando de tranquilizarse—. Cuando los judíos circuncidan a los bebés siempre dejan una silla vacía, donde se supone que debe sentarse Elijahu, el ángel de la circuncisión, quien es invisible. De Elijahu proviene el nombre Elías. El apellido Cohen es el más importante dentro del judaísmo, ya que los Cohen son los elegidos dentro de los elegidos; al parecer, tendrán un palco VIP en el cielo con vista exclusiva al mar y se podrán lavar el culo en bidet de oro.

Irene miró desconcertada a su novio. Siempre él había sido tan correcto y sereno, y ella nunca lo había escuchado insultar de esa forma. Pero, claro, lo comprendía y hasta estaba aliviada que enfocara toda su cólera en personas que merecían ser odiadas por secuestrar a niños inocentes.

— Federico, tengo un plan, ¿podés conseguir un perro antidroga? —preguntó Santiago.

— Sí, el que desplumó a la gallina se jubiló hace unos meses, así que supongo que no será difícil conseguirlo.

— ¿Y todavía tenés contactos en la Dirección de Toxicomanía?

— Sí, ¿por qué?

— Necesito que consigas un poco de cocaína.

— Está bien, vamos a buscar esas dos cosas ni bien dejemos a estos tres en la comisaría, los necesitaremos más adelante para identificar al secuestrador —dijo Federico. En realidad, le entró muchísima curiosidad saber para qué Santiago quería la droga, porque estaba seguro que no era para consumirla. Decidió no preguntar y apurarse a llevar a los delincuentes.

— Irene —dijo Santiago mirando a su novia—, vos y Joaquín vayan a buscar tu auto, tiene que ser el tuyo y no otro, y diríjense directo a la esquina de Belgrano y Buenos Aires. Espérennos ahí, llegaremos lo más pronto posible.

— ¿Mi hija está cerca de ahí? —preguntó Joaquín preocupado.

— No, pero quizá haya alguien que sepa dónde podemos encontrar a Elías Cohen.

Santiago ayudó a llevar a los delincuentes, quiénes seguían siendo apuntados por Federico con su pistola. Antes de alejarse del todo, Santiago dijo:

— Joaquín, una cosa más: comprá una Fanta chica. Tiene que ser esa marca, no otra. No preguntes, es parte del plan.

*El día 19 de Av del año 5724, treinta personas estaban ansiosas por presenciar el ritual ancestral. El bebé lloraba desconsoladamente en medio de la sala, pero eso poco importaba: era inminente e irrevocable la violación de su intimidad. Tendría que tolerar unos momentos de sufrimiento, porque ese era el único camino a seguir para que el Eterno escribiera su nombre en el libro de la vida. Los adultos estaban contentos y sonreían, puesto que pronto tendrían un nuevo miembro en la comunidad.*

*El mohel David Konstantinovsky estaba feliz, como siempre que debía realizar otro pacto con Di's. Se sentía poderoso, porque terminaría lo que el Eterno había comenzado: era el octavo día del nacimiento del bebé, así que necesitaba sellar el pacto sagrado a través del Berit Milá.*

*El abuelo del bebé, Diego Fresler, tenía a su nieto en su regazo. A pesar de contar con 68 años, todavía le quedaban fuerzas para reducir al bebé para que no se moviera: con su mano derecha le rodeaba los pequeños brazos y con la izquierda le sostenía los pies. Una lágrima de placer recorrió su rostro mientras el instrumento del mohel se acercaba al pene de su nieto. El anciano presionó con todas sus fuerzas al bebé, porque al tocar el frío metal con su piel, éste se empezó a mover y a gritar. Los últimos ocho días habían sido una tortura para don Fresler, porque le incomodaba que su nieto tuviese prepucio: eso lo hacía sentir distante, como si él y su nieto fueran de dos razas distintas. El bebé lloró, gritó, pataleó y se movió para todos lados, pero la mutilación fue inevitable. No pudo escapar del destino que otros escribieron para él.*

*Remover el prepucio de un recién nacido era lo que más disfrutaba en la vida el mohel Konstantinovsky. Podía notar como todo su cuerpo se apoderaba de algo espiritual, al perpetuar aquella bella tradición de sus sabios ancestros. Con la destreza de un experto, tomó un poco de vino, lo retuvo en su boca y acercó sus labios hacia el pene del bebé. Chupó la sangre de la herida e hizo gárgaras con ella y después escupió la mezcla de vino y sangre en un recipiente previamente preparado, el cual estaba listo para ser bebido por los padres de la criatura y luego por él mismo.*

*Ahora, finalmente, el pequeño Santiago Isaac Fresler era un ser humano de verdad: el mohel David Konstantinovsky había terminado el trabajo del octavo día que fue encomendado por Di's miles de años antes. Agregó mentalmente un nuevo prepucio a su lista; en total, ya había extirpado 144. Su meta era llegar a 400 para así doblar la cifra de su tocayo bíblico. Las sagradas escrituras decían que Saúl le exigió a David 100 prepucios de Filisteos para que pueda casarse con su hija, a lo que el héroe respondió con 200 tras una expedición militar en pueblos aledaños a Israel.*

*— Ze hakisé shel Eliahu hanabí malaj habrit zajur la tov —recitó el mohel Konstantinovsky al posar sobre una silla de madera y metal a Santiago.*

*Al padre del niño, Jacob Fresler, le encantaba toda esa parafernalia en la cual se hacía cumplir una costumbre tan milenaria y espiritual como era la Berit Milá. Le gusta saber que su hijo llevaría por siempre aquella marca que le recordaría su identidad y su responsabilidad para con la comunidad. El señor Fresler siempre había disfrutado de todos los rituales hebreos, pero sin duda el de su propio hijo era el que más le había gustado.*

*El mohel miró el pañal del bebé, el cual estaba todo ensangrentado. Eso casi nunca sucedía: el bebé era hemofílico.*

*— ¡Alguien llame a un doctor! —gritó histérico, dando un movimiento brusco que hizo tambalear la mesa y tumbó la vela prendida que estaba sobre ella. Se apresuró a soplarla.*

*Todos se quedaron inmóviles mirando al mohel, porque por alguna extraña razón ellos habían supuesto que él era un médico.*

*— Llamaré a una ambulancia —dijo Ester Fresler, la hermana de Jacob.*

*— No, a una ambulancia no —gritó Jacob, con una despiadada tranquilidad que sorprendió a todos—. Tiene que ser a un doctor judío, porque sino la opinión pública se enterará de esto. Los trapos sucios se lavan en casa y con más razón si están manchados con sangre.*

Luego de dejar a los delincuentes en la comisaría, Federico volvió al Hospital San Martín y corrió hacia el primer piso subiendo de dos en dos los escalones de mármol, mientras Santiago lo esperaba en planta baja. Miró por todos lados y no vio a Fernanda. Se apresuró a abrir la puerta de la oficina de urología y sintió que un breve pero feroz escalofrío recorría su cuerpo al ver que allí no había nadie. Ni siquiera encontró las esposas metálicas y no había rastros de violencia física en los estantes.

Volvió a cerrar la puerta con llave y se dio vuelta abruptamente al sentir que alguien subía por las escaleras. Era Santiago.

*— Tomás no está acá y no veo a Fernanda por ningún lado —dijo Federico.*

*— El Doctor Di Bastian también desapareció. Abajo varias enfermeras lo están buscando. Tenía una reunión con la directora del hospital hace media hora pero no lo encuentran por ningún lado.*

El Ford Taurus de Irene estacionó por la calle Belgrano, seis metros antes de llegar a la calle Buenos Aires. Joaquín tenía una botella de gaseosa y la movía inquietamente entre sus manos.

— Hablemos —dijo.

— ¿De qué quieres hablar? —preguntó Irene.

— De cualquiera cosa, por favor, porque mis pensamientos me están matando. No quiero imaginar lo triste y sola que está mi hija en estos momentos. Siento que en cualquier momento voy a tener un colapso nervioso, pero no puedo darme ese lujo estando ella en problemas.

— Contáme sobre la circuncisión ritual y por qué se permite eso —dijo Irene, puesto que aquello fue lo primero que se le ocurrió.

— La circuncisión no es lo peor del mundo, pero el hecho de extirpar el prepucio de un bebé de ocho días implica riesgos innecesarios para su salud y su vida, más si tenemos en cuenta que se hacen en cualquier lugar y no en un centro médico competente. Se escudan en la libertad de culto pero lo cierto es que esto va más allá de eso. Se trata de la mutilación ritual de un niño sano y creen tener derecho a ello por el hecho de ser sus padres. ¿Qué pasa si mañana el chico quiere ser de otra religión o simplemente quiere tener el cuerpo normal y completo como debería tenerlo?

» El Código Penal prohíbe claramente ejercer la medicina a personas sin títulos habilitantes —agregó Joaquín luego de una pausa—, pero estos carniceros hacen lo que quieren y encima casi ninguno es médico. Incluso si fueran cirujanos, no deberían poder amputar partes humanas sin indicación médica. Hay muchos fanáticos religiosos y curanderos que dan consejos absurdos en los medios de comunicación, pero la principal causa de desinformación es debido a que hay muchos médicos charlatanes sobornados.

— No sé por qué nada de eso me sorprende —dijo Irene en tono sincero—. Pocas décadas atrás los médicos recomendaban cigarrillo para casi cualquier enfermedad gracias a que recibían jugosas sumas de dinero de las grandes tabacaleras.

— Sí, eso es cierto. Y hoy muchos dicen cosas disparatadas sobre la circuncisión, como que ayuda a prevenir el cáncer y el sida o que cura la eyaculación precoz; hasta llegaron a asegurar que evita la homosexualidad. Es cierto que previene la fimosis, pero hay muchas maneras menos crueles y drásticas para prevenir esa enfermedad. Además, solo uno de cada doscientos hombres tiene fimosis y la mayoría de las veces es evitable con la higiene y el cuidado adecuado. La gente ignora que mueren más bebés a causa de la circuncisión ritual que de las infecciones de las que se supone que protege, y las cuáles se previenen perfectamente bañándose una vez por día para tener el pene limpio. Argumentar que evita la fimosis es lo mismo que afirmar que a una mujer a la que amputás un seno le reducís a la mitad el riesgo de tener cáncer de pecho.

— Menos mal que no intentan encontrar la forma de prevenir la muerte súbita infantil, porque estos imbéciles llegarán a la conclusión de que la mejor manera de evitarla es matando a todos los recién nacidos en sacrificios rituales —dijo Irene con rabia—. Se puede conquistar países de muchas formas, no siempre es necesario recurrir a la guerra. Algunos lo hacen imponiéndole su religión, cultura o lengua. Estos quieren conquistar Argentina por medio de la circuncisión, lo cual es original.

— No hay pecado original —dijo Joaquín—. En la Biblia ya se menciona muchos casos de circuncisión forzada; por ejemplo, en el primer libro de los Macabeos, se menciona que un grupo de judíos en Israel circuncidaron por la fuerza a todos los niños que todavía contaban con su prepucio. En África hace ya varios años que se busca circuncidar a todos los hombres de ese continente. En la actualidad, en Estados Unidos

más de la mitad de los hombres está circuncidado, ya que tienen el falso concepto de que eso es más «higiénico» y «estético», sea lo que sea que eso signifique. Algunos padres me piden que circuncide a su hijo por motivos estéticos y yo les digo lo mismo a todos: *¡No soy estilista ni cirujano plástico!*

— Argentina es un buen lugar para realizar una experimentación —continuó reflexionando Irene—, porque a pesar de ser un país subdesarrollado, los profesionales gozan de bastante reputación en el resto del mundo. Si logran que se apruebe esta ley de circuncisión obligatoria en Corrientes, es cuestión de tiempo para que se aprueben leyes similares en todas las provincias argentinas y después en los demás países.

— Sí, comprendo lo que decís. ¿Cómo es que esta noticia no salió en los diarios?

— Esperan a que sea demasiado tarde y las leyes ya estén en vigencia. Después, si alguien quiere derogarla se lo acusará de antisemita y no se habla más del tema. La acusación de antisemitismo es el comodín que los protege de todo y les permite hacer cualquier cosa con total impunidad.

— Vos que estudiaste comunicación social, ¿le encontrás algún significado a estos brutales rituales de sangre?

— Los católicos bendicen a sus hijos pero no hacen nada irreversible en sus cuerpos, sólo le arrojan un poco de agua en la cabeza. Pero en cambio los judíos son una minoría, necesitan algo más drástico para estigmatizar a sus bebés de por vida; saben que la circuncisión es como la marca con hierro candente al ganado que los obliga a permanecer en el judaísmo. Luego quieren justificar de mil maneras esa mutilación, pero lo cierto es que lo hacen porque siguen ciegamente las instrucciones de un libro de hace miles de años. Un ritual absurdo, sí, pero que les permite perpetuar su sectarismo.

*Caminaba junto a su hijo de doce años por la calle San Juan y en ese momento estaban pasando frente a una iglesia católica. Ese día, Jacob Fresler estaba más irritable de lo habitual, a causa de que su apellido no era lo suficientemente raro. Acababa de leer en una revista hebrea que un estudio científico había descubierto que las personas con apellidos difíciles de pronunciar eran las que más probabilidades tenían de conseguir éxito social. La investigación fue llevada a cabo con 200 personas por el prestigioso Instituto Simón Juskiewicz, así que no podía estar equivocada.*

— *Mirá a esta caterva de estúpidos católicos —dijo, señalando sin pudor con un dedo índice hacia la iglesia—. Gracias a su más absoluta ignorancia están convencidos de que Jesús era hijo del Eterno. No hace falta ser demasiado lúcido para darse cuenta que uno más uno más uno jamás puede ser igual a uno, pero estos goim dicen que aplican el Teorema de la Trinidad y problema solucionado. Esperábamos un Mesías guerrero y estos pobres infelices se conformaron con un hippie que decía que había que poner la otra mejilla. ¡Argentina, que país generoso! No me extraña que argentino sea un anagrama de ignorante.*

— *Somos argentinos —dijo Santiago en tono casual—, deberíamos adaptarnos a este país y dejar de ser un grupo tan cerrado. No debemos buscarnos problemas con las demás religiones.*

*El señor Fresler se detuvo un momento y le echó una mirada furtiva a su hijo.*

— *No. No somos argentinos, somos judíos descendientes de Abraham y respetuosos de la Ley de Sión. Lo que pasa con este país es que nos tienen envidia. Cada vez que viajo a Europa, puedo ver como me miran todos estos rencorosos desde la clase turista —dijo, y luego agregó—. ¡Jesús no fue el Mesías esperado! Eso está clarísimo, porque no construyó un tercer templo en Israel, no reunió a todos los judíos del mundo, tampoco trajo paz mundial y muchísimo menos acabó con las muertes de las personas.*

»*¿Qué saben estos gaznápiros de religión? Al libro más sagrado lo llaman “Antiguo Testamento”, como si se tratara de un trapo sucio y viejo que ya no sirve para nada y sólo tuviera un valor histórico. ¡Otra clara muestra de su ignorancia y antisemitismo! Nunca se preguntan por qué si Jesús nació un 25 de diciembre, el calendario civil comienza el primero de enero. Piensan que DC significa “después del nacimiento de Cristo”, nunca sospechan que en realidad significa “después de su Circuncisión”. ¡Jamás se dan cuenta que Jesús nació ocho días antes de Cristo! Ese es su más irónico y verdadero inri.*

— *¿El mundo se creó hace 5737 años? —interrumpió Santiago. Esa era una pregunta que hace mucho tiempo lo inquietaba— ¿Y entonces por qué los científicos afirman que los Dinosaurios vivieron en este planeta hace millones de años?*

*Santiago, con sus doce años, no comprendía que el hijo de un religioso ortodoxo no debía pensar por sí mismo, cualquiera sea el símbolo de su credo, y mucho menos dudar de la teoría del creacionismo. La cosmogonía no era algo que se podía poner en duda, sino que debía ser aceptada como una verdad divina indiscutible, al igual que todo lo que estaba escrito en la Torá.*

— *Esos falsos científicos son ignorantes antisemitas que no saben nada —gritó el señor Fresler—. El Eterno los puso ahí para poner a prueba nuestra fe —agregó, convencido de tener todas las respuestas correctas del mundo.*

*Santiago no dijo nada, pero Di’s había cumplido lo que había querido: puso en duda su fe.*

*Santiago prestó atención a una mujer que era conocida como «la loca del Teatro Vera». Se trataba de una cincuentona que frecuentemente llegaba a la modesta plazoleta externa del teatro y empezaba a llorar mirando la entrada principal del edificio. Sobre ella se tejían las más exóticas y desopilantes leyendas urbanas, puesto que era más fácil inventar historias en lugar de preguntarle cuál era su problema. Su costosa vestimenta sugería que se trataba de una mujer aristocrática: llevaba un pulcro y elegante vestido negro de gala, acompañado por unos guantes de seda blancos y tenía en su mano un pañuelo, con el cual secaba sus abundantes pero sigilosas lágrimas; en otro tiempo, también llevaba una costosa joya de diamantes pero ahora ya no, quizá porque se lo habían robado. En el cartel del teatro, Santiago leyó que el siguiente fin de semana se representaría «El Mercader de Venecia», de Shakespeare.*

— *Mirá lo que se representa en este teatro —dijo el señor Fresler indignado—, ¡y después los judíos nos extrañamos de que este país sea tan antisemita! Es como tu tía Ester muy sabiamente suele decir: uno comienza yendo al teatro a ver El Mercader de Venecia, luego lee los libros de Nietzsche, continúa con Mein Kampf, finalmente conduce un Mercedes Benz mientras escucha a Wagner y termina convertido en un completo neonazi.*

Cuando la camioneta Toyota blanca se acercó a ellos, Joaquín e Irene inmediatamente bajaron del auto.

— Ustedes vayan a la camioneta. Federico les explicará todo después —dijo Santiago, mientras Joaquín le pasaba la botella de Fanta.

Santiago había acordado con Federico que no dirían nada sobre la desaparición de Tomás porque eso sólo agravaría la situación.

— ¿De verdad querés hacer esto? —preguntó Irene, porque empezó a sospechar lo que tenía planeado Santiago al ver una pistola escondida entre su pantalón—. Te veo frenético como nunca antes.

— Es la única forma en que puedo hacerlo. No voy a hacer nada estúpido, sé lo que está en juego.

— ¿De verdad creés que esto funcionará? —preguntó Irene.

Joaquín escuchaba atento la conversación, pero todo era confusión para él.

— No te preocupes, no es lo que pensás —dijo Santiago—. Creo que tenemos una gran probabilidad de que mi plan funcione. Este cretino hijo de puta es un fanático de las tradiciones y rituales de su religión. Acá en Corrientes hay poquísimos judíos y se conocen todos entre ellos. Es casi seguro que este pelotudo sabrá de alguien que se hace llamar Elías Cohen.

Irene y Joaquín se alejaron y se subieron a la camioneta, ella en el asiento del acompañante y él en la parte de atrás. Federico estaba en el asiento del conductor y en la parte de atrás estaba un pastor alemán con su entrenador, Lisandro. El perro era negro con manchas del color del fuego y tenía casi el doble del tamaño de Bauer, y su dueño era un tipo gordo y calvo. Joaquín miró al animal con atención, porque quizás de él dependía la única posibilidad de encontrar a su hija.

— Se llama Jabón —dijo Lisandro, quien al parecer no estaba acostumbrado a tratar con personas. Era un sujeto amable, pero se notaba una deficiencia en sus habilidades sociales.

— ¿Por qué se llama así? —preguntó Joaquín, para distraer su nerviosismo apelando a trivialidades.

— No quisieras saberlo —dijo Lisandro sonriendo, intentando ser gracioso pero no lo había conseguido, y luego agregó—: No te preocupes, este perro sabe lo que hace. Sólo se tuvo que retirar de la Policía porque cumplió ocho años de servicios, pero te aseguro que a pesar de ser un veterano sigue siendo el mejor en su profesión.

*Nunca le había gustado asistir a las reuniones semanales de la Tnuat Noar, pero debía hacerlo porque su papá lo obligaba. Sus madrijim —Heno y Oseas—, estaban debatiendo sobre Israel. En realidad, no se trataba de una verdadera discusión sino una fraudulenta conversación de complicidad, donde uno ayudaba a reforzar la idea del otro, siempre teniendo en cuenta que los demás jóvenes lo escuchaban.*

— ¿Saben qué es lo que se siente al matar a un palestino? —preguntó Heno, mirando a su público.

— No, ¿qué se siente, javer? —preguntó Oseas de forma aparentemente ingenua, aunque sabía lo que le respondería su amigo.

— *El retroceso de la culata del rifle —respondió Heno, y todos rieron a carcajadas menos Santiago.*

*Parecía un chiste inocente pero se trataba de una sutil y estudiada artimaña para que los demás aprendieran a odiar a los palestinos. Esas cosas no se enseñaban nunca de forma abrupta, sino que comenzaba con pequeñas indirectas y finalmente concluía con el asesinato masivo de palestinos. Sin embargo, Santiago sentía un respeto por todas las formas de vida y no iría a una guerra contra italianos ni contra chilenos ni contra nadie, y muchos menos a una masacre contra palestinos.*

— *Matamos por una causa bíblicamente justa —agregó Oseas eufóricamente—. Nosotros lo hacemos mejor y con la ley del Creador verdadero, el de Israel. Matamos como justicia divina porque somos sus únicos y verdaderos hijos. Hay suficientes Mitzvot en la Torá que avalan esto: ¡Quema a la ciudad que ha sido convertida a la idolatría! ¡Destruye los ídolos y sus accesorios! ¡No les dejes estar en nuestra tierra! ¡Quemar al que haya que quemar!* —gritó apasionado, con brillo en los ojos.

*Santiago salió hacia el pasillo asqueado por lo que decían sus compañeros.*

— *¡Ana Frank era lesbiana!* —gritó un chico llamado Godo en el pasillo.

*Santiago nunca entendió cuándo fue el momento en que invadir la intimidad personal se convirtió en algo socialmente aceptado. Todos el mundo leía el diario de aquella chica como si eso fuera la cosa más natural del mundo, exponiendo sus secretos, temores y vergüenzas. Godo, quien en realidad se llamaba Saúl Ethan Miqueas Nehemías Godochevich Wachsenchauer, empezó a mostrarles el libro a sus compañeros; en un principio, según contaba, él se iba a llamar solamente Saúl Godochevich, pero cuando su papá llegó al registro civil descubrió que era gratis así que le puso todos los nombres que le dejaron poner.*

— *¿Por qué Moisés y los judíos vagamos por el desierto 40 años?* —le preguntó un chico llamado Aaron a Santiago.

*Santiago no conocía mucho a Aaron. Lo único que sabía de él era que contaba que hace años ahorrraba dinero porque su sueño era comprarse un premio Nobel de Física.*

— *¿Por qué?* —preguntó Godo, al ver que Santiago no le respondía.

— *¡Porque a alguien se le perdió una moneda!* —dijo Aaron mientras reía.

*Godo lo miró con cara de reproche.*

— *Ese es un chiste antisemita* —dijo de mala gana.

— *No, no soy antisemita. Si lo contara un insolente goim, la Liga Antidifamación lo metería preso. Pero yo soy judío, así que puedo decir chistes sobre nosotros, porque sólo un judío puede hacer chistes sobre nuestra colectividad.*

— *Eso significa que si no soy gallego, ¿no puedo hacer chistes de gallegos?* —preguntó confundido Godo.

— *Sí, claro que sí podés, porque nosotros somos judíos* —explicó Godo—. *¡Podemos hacer y decir cualquier cosa, porque somos los elegidos!*

*Santiago siguió caminando y salió del edificio. Del otro lado de las rejas azules vio a peatones que pasaban por la calle. Le gustaba ver a las mujeres con el pelo revoloteando gracias al viento, sin kisui que la encarcelaran. Los hombres de ahí afuera no tenían barba ni bigotes ni largas patillas, en la cabeza no tenían ningún*

gorro y tampoco tenían el pelo largo; le hubiera gustado ser como uno de ellos en el futuro, pero sabía que eso era muy improbable. Según la Kabalá, la barba no debía ser ni siquiera recortada, y se le debía permitir crecer con total libertad (un derecho que ni siquiera él mismo tenía como persona). Su propia barba ya había empezado a aparecer, aunque todavía era casi imperceptible. Quería detener el tiempo para que no siguiera creciendo, pero sabía que eso era imposible. Era inevitable, él era un judío ultraortodoxo y debía cumplir las tradiciones familiares.

Santiago miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo miraba y cruzó al otro lado de la calle donde estaba la Plaza Libertad y se sentó debajo de un árbol con su libro «La Metamorfosis». Vio a una anciana alimentando a las palomas en compañía de un cuarentón que pensó que se trataba de su hijo. El revoltoso aunque corto cabello del hombre eran del mismo negro intenso que sus pobladas cejas y daban la impresión de que recién acababa de despertarse luego de invernar durante meses.

— Jodido judío, ¿estás leyendo un libro autobiográfico de un judío que se convirtió en una cucaracha? —le dijo un muchacho a sus espaldas—. Mi papá dice que todos los judíos son como cucarachas: viven en este planeta hace miles de años, están diseminados por todos lados, son feos y mugrosos, siempre andan en manada, destruyen todo a su paso y son difíciles de exterminar.

Santiago se había olvidado de quitar la kipá de la cabeza y eso lo había delatado. El ridículo antisemita era un muchacho que tenía alrededor de dieciséis años y estaba acompañado de una chica de más o menos su misma edad. Santiago miró a otro lado, tratando de que con eso el hijo de puta siguiera su camino, pero la indiferencia lo puso más violento.

— ¿Tenés problemas de atención? Si necesitás ayuda para concentrarte yo tengo un campito que te puede ayudar. —dijo el muchacho en tono burlón, poniendo su mano en el hombro de Santiago—. ¿Es verdad que con una tijera te recortaron el pitilín?

Santiago le quitó la mano de su hombro de una forma agresiva.

— ¿Judío de mierda, estás molesto porque Papá Noel no vino a visitarte? —dijo el hijo de puta al mismo tiempo que le quitaba bruscamente la kipá a Santiago—. Es que ustedes tienen mucho dinero pero son muy tacaños, por eso no festejan navidad

— Dejalo, dejalo... —dijo la muchacha entre risas, pero le encantaba lo que su amigote estaba haciendo.

— En el hombre, la inteligencia debe estar en el prepucio —dijo el muchacho en tono reflexivo.

— Seguro que es así, porque eso explicaría muchas cosas... —dijo la muchacha y se echó a reír a carcajadas al igual que su cómplice.

El muchacho de un segundo a otro se dio media vuelta y le pegó una trompada en la cara a Santiago, quien cayó tirado en el suelo hacia atrás. Santiago se levantó rápido del piso y se abalanzó sobre el muchacho, pero éste le pegó una patada en el tobillo y le tiro de nuevo al suelo.

— ¿Hey, qué te pasa a vos? —le dijo un hombre en tono agresivo al neonazi.

El hombre del pelo revoltoso agarró al muchacho por detrás y lo apartó de Santiago.

— *Desaparezcan de acá antes que yo llame a la policía o te parta yo mismo la cabeza a golpes* —dijo mirando a los dos matones de poca monta.

*El neonazi se liberó de las manos del hombre y miró a Santiago con expresión desafiante.*

— *Judío puto* —dijo antes de alejarse con su secuaz y escupir en el piso.

— *Daniel, ¿el chico está bien?* —preguntó la anciana de las palomas desde la distancia.

— *Sí, Aurora, creo que sí. No te preocupes* —dijo el hombre a la anciana y luego, mirando a Santiago, preguntó—: *¿Está bien?*

*El hombre le tendió la mano a Santiago y lo ayudó a levantarse.*

— *Gracias, estoy bien* —dijo Santiago y se alejó avergonzado, olvidando su libro tirado debajo del árbol.

Estacionó su vehículo, agarró la botellita de gaseosa y se dirigió a la entrada, donde respiró hondo antes de presionar el botón del timbre. Santiago sabía que una vez que se abriera la puerta no podría dar marcha atrás y debería llegar hasta el final, pasara lo que pasara. Sin querer vio, en el dintel y en las jambas de la pesada puerta de algarrobo, manchas de sangre que sabía que eran de animales sacrificados; no estaba de humor para recordar esos rituales.

Metió su mano en el bolsillo delantero izquierdo de su pantalón y sacó una pequeña bolsa de plástico duro especial de diez por diez centímetros, la cual estaba herméticamente sellada con un cierre que aislaba totalmente su contenido. Abrió la bolsa y sacó un pequeño sobre de papel que contenía polvo de cocaína. Luego volvió a guardar ambas cosas en forma separada en sus bolsillos.

La puerta se entreabrió y su padre, al verlo, quiso cerrarla de golpe pero Santiago puso su pie para evitarlo y luego la envistió con su cuerpo y ésta se abrió bruscamente. El señor Fresler mantuvo la calma y miró el auto en el que había llegado su hijo.

— *Un antisemita llega en un auto Ford, no sé por qué no me sorprende* —dijo.

Santiago hizo como que no escuchó el comentario y dio un sorbo a su gaseosa. Su padre lo miró horrorizado: el plan estaba saliendo bien.

— *¡Ahora también tomás Fanta! Maldito antisemita, esa gaseosa viene desde el infierno. La inventaron los nazis durante la Segunda Guerra Mundial porque no podían ingresar a Alemania el elemento X para fabricar Coca Cola.*

Santiago tiró la botella hacia atrás —la cual se hizo trizas en la vereda salpicando líquido naranja por todos lados—, y luego entró a la casa y cerró la puerta lo más violentamente que pudo. La casa estaba tal cual él la recordaba, con escasa iluminación que apenas permitía distinguir los objetos en medio de la oscuridad y con sus antiguos muebles grandes y caros.

— *Necesito saber dónde puedo encontrar a Elías Cohen* —dijo sin preámbulos—. *Acaba de secuestrar a unos niños y si no lo detengo cuanto antes es capaz de matarlos.*

— *Eso es imposible. El shabbat concluyó hace menos de dos horas.*

— Al parecer, algunos piensan que hay dos cosas que no están prohibidas ese día: matar palestinos inocentes y secuestrar nenes.

— ¡Sos un judío antisemita! ¿No es paradójico eso?

— No, no soy judío ni tampoco antisemita. ¿Y querés saber qué es lo realmente paradójico? Que Alemania siga pagando a organizaciones judías por culpa del Holocausto y que las verdaderas víctimas no reciban nada porque ese dinero es usado por los sionistas para continuar con su Holocausto Palestino.

— ¿Y qué pretendías que hiciéramos? El mundo debe saber que desde hace 42 años la sangre de ningún judío es gratis.

— Mucho se ha fantaseado sobre la idea de crear una máquina del tiempo y matar a Hitler para evitar la Segunda Guerra Mundial —dijo Santiago con una mueca en su semblante—; pero lo cierto es que si esto fuera posible, los judíos intentarían evitarlo a toda costa porque le arruinaría su Industria del Holocausto. Al igual que si se pudiera evitar la crucifixión de Jesús, los cristianos se opondrían porque ya no podrían culpar a la gente por la muerte de un hombre que se supone que hizo eso para lavar nuestros pecados.

Santiago sonrió de forma despiadada. No le gustaba escuchar lo que él mismo estaba haciendo, pero era necesario para encontrar a Micaela.

— Hace poco supe de un hombre que tenía planeado simular su propia muerte para fingir ser el nuevo Jesús —agregó—. Hasta escribió un *tercer libro santo*. La primera vez que escuché eso pensé que tuvieron una gran invención, pero luego de unos días de reflexión comprendí que aquella no era una idea original. Sí, señor Fresler, me di cuenta de todo ¿a nuestros ancestros se le ocurrió eso primero, cierto? Pero pronto se dieron cuenta que el nuevo libro debía presentar diferencias con respecto al Nuevo Testamento de los cristianos. No inventarían un nuevo mártir joven, hermoso, bondadoso y milagroso. No, nada de eso, el nuevo libro debía contar la historia de una niña inocente, víctima de un inhumano sujeto que se volvió loco y mató millones de inocentes judíos sin ninguna razón, ¿cierto? Ana Frank cumple la misma función que Jesús, ¿no es así? Garantiza la religión judía en base al odio y al resentimiento... —dijo Santiago, empujando a su padre hacia atrás, arrinconándolo contra una pared.

— ¿Cómo te atreves a negar la autenticidad del diario de Ana Frank? —gritó el señor Fresler ofendido levantando sus manos en el aire.

Fue en ese preciso momento en el cual, sin que él se diera cuenta, su hijo dejó caer un pequeño papel en el interior de uno de los bolsillos de su chaqueta.

— No, no niego que una niña llamada Ana Frank escribió un diario —dijo Santiago—. Pero estoy seguro que está descaradamente adulterado para ser un instrumento de la lástima. Lo comprobé, señor Fresler, le informo que soy Criminalista especializado en Documentología. No creo que usted desconozca este tema: una parte importante del famoso manuscrito de Ana Frank fue escrito varios años después de su muerte... ¡El gran Jesús podía caminar sobre el agua pero esto es incluso más emocionante, meritorio y extraordinario!

Santiago hizo una ligera pausa.

— Las pruebas sobre la antigüedad de la tinta así lo demuestran, señor Fresler —continuó diciendo—, sin contar que una parte estaba escrita con birome, la cual fue inventada varios años después de que Ana Frank muriera. Ya que estamos en el tema: la

historia de una niña muerta por tifus no hubiera sido lo suficiente llamativa para garantizarnos el monopolio de la lástima, ¿cierto? Debíamos inventar cámaras de gas, cinco millones muertos más, etcétera, etcétera...

Jacob Fresler quiso arrojarle sobre su hijo pero éste astutamente sacó una pistola y le apuntó a la cabeza. El señor Fresler se quedó paralizado, con un terror que no había sentido en toda su vida.

— ¿Cómo conseguimos los manuscritos originales, señor Fresler? —dijo Santiago sin inmutarse, siguiendo apuntando el arma a su padre— Ah, ya recuerdo, porque el padre los encontró, ese mismísimo hombre el cual sobrevivió gracias a que los brutales nazis lo llevaron al hospital porque estaba enfermo, lo cual lo salvó de no morir gaseado como el resto de su familia. ¿Por qué no lo mataron también a él, señor Fresler? ¿Por qué llevar a un judío al hospital para curarlo, si al fin y al cabo matarían a seis millones? ¿Seis millones, señor Fresler! ¿De verdad había esa cantidad de judíos en toda Europa en aquella época?

Santiago guardó silencio unos segundos. El señor Fresler ya no se encontraba tan aterrorizado, pero tampoco estaba tranquilo del todo.

— ¿Cuántos genocidios hubo a lo largo de la historia? Bombardeos nuclear en Hiroshima y Nagasaki, masacres en Vietnam, exterminios masivos en Dresde, etcétera, etcétera. Sin embargo, sólo recordamos uno con vehemencia: Auswistch. La tierna niña escritora inocente nos garantiza eso, ¿cierto? Más 60 millones de personas murieron durante la Segunda Guerra Mundial, pero sólo lloramos a los 6 millones de judíos, con cientos de museos diseminados por todo el mundo para recordarles a todos sobre el sufrimiento judío —dijo Santiago con una inexpresiva sonrisa—. Se suponía que murieron un total de 6 millones de judíos durante la guerra, de los cuales murieron en Auswistch 4, 5 millones; pero hace poco la cifra oficial se cambió a 1,5 millones. Misteriosamente, la cifra mágica total de 6 millones sigue repitiéndose hasta el hartazgo.

— ¿Acaso los cristianos no hacen lo mismo? —gritó Jacob— ¿No exageran todo? ¿No usan como símbolo a Cristo muerto en la cruz para recordar quiénes lo mataron y sembrar así una religión de odio?

— Sí, tiene razón, señor Fresler, pero no crea que los judíos son mejores que los cristianos, porque todas las religiones son la mismísima porquería.

— Quizás el diario de Ana Frank no sea verdadero, pero de seguro que al menos es verídico —dijo Jacob. Ahora ya no tenía tanto miedo a la pistola.

— Que interesante, un gentil dijo lo mismo de «*Los Protocolos de los Sabios de Zion*». Me resulta curioso como ustedes, los pertenecientes al lobby sionista, buscan desesperadamente que la gente confunda sionismo con judaísmo. Es peligroso todo esto, porque los sionistas ya son peor de lo que fueron los nazis. Ellos también se creían una raza superior y querían construir la tierra prometida. Resulta paradójico como uno siempre termina pareciéndose a sus enemigos.

— No podés comparar. A nosotros nos eligió el Eterno. En cambio, los nazis se autoproclamaron ellos mismos.

Santiago se rió a carcajadas.

— La invención del mito del pueblo judío como ente abstracto e indivisible me resulta patética. Mucha gente dice que uno de los mayores misterios de la humanidad es

que no se conoce pueblo sin religión, pero a mí lo que más misterioso me resulta es que tampoco se conozca un pueblo que crea que «*el elegido*» es el pueblo vecino.

— Ni siquiera sabés de lo que estás hablando. Ya sabés lo que dicen sobre las guerras: la verdad es lo primero que muere. Todo es mentira, en Historia no existen verdades. ¿Y vos te pensás que la historia de Jesús es verdadera? ¿La historia de un hombre que estuvo muerto tres días, cuyo cadáver permaneció intacto todo ese tiempo y luego resucitó? La versión oficial siempre es una fábula inventada por los ganadores. Ni siquiera es verdad que el hombre llegó a la luna en 1969. Nosotros, los judíos, somos los elegidos del Eterno, podemos hacer con los goim lo que queramos.

— Si, lo sé, señor Fresler. Un sionista de alto rango puede escribir un libro difamando a los cristianos sin que siquiera haya críticas en su contra ¿cierto? Es más, gana un Premio Planeta y su libro se convierte en best seller ¿Pero, qué pasa si un cristiano o cualquier otra persona escribiera un libro sobre los judíos que no sea sólo lisonjas y elogios? *Nuestro* pueblo se pone sensible e histérico y lo acusa al escritor de antisemitismo, negacionista, neonazi y una larga lista de cosas. ¿*Es que no saben que los judíos somos un pueblo sufrido y perseguido a lo largo de la historia?* El negocio de la lástima da mucho poder, ¿cierto? ¿Era una guerra racial? ¿Realmente lo era? Si Alemania se siente tan culpable por los crímenes cometidos, ¿por qué no donan un pedazo de tierra para la creación de un Estado Judío en Europa? Pero, dónde otros ven una tragedia, Estados Unidos ve una posibilidad de negocio. Por suerte yo hace mucho tiempo que aprendí que el dinero no es lo único importante en la vida, que no todo se compra, ni todo se vende.

— Eso es una gran estupidez —dijo el señor Fresler sonriendo

— Así que ustedes pueden matar gente como si nada, ¿cierto? —dijo Santiago sin hacer caso a su padre. Estaba esperando el mejor momento de pasar a la siguiente fase de su plan—. ¿Con qué derecho?

— Con el mejor Derecho de todos: el Derecho Divino. ¡El Eterno nos prometió esas Tierras! Además, rompimos millones de copas en los casamientos a lo largo de todos estos años para recordar que algún día volveríamos a nuestro territorio. ¿Qué haría cualquier persona cuerda si su padre le deja de herencia un terreno y cuando va a buscarlo descubre que hay gente viviendo allí de manera ilegal? ¡Matar!

— Dios, Dios, Dios... —dijo Santiago en tono cansado.

— Hijo de puta, no pronuncies su nombre —gritó furioso el señor Fresler.

— ¿Qué pasa, seguís creyendo en supersticiones, en numerología y en fábulas como esas? —dijo Santiago distraído mirando hacia su alrededor—. Las palabras no lastiman ni los insultos tampoco. Lo que lastima es esta la lástima y...

Jacob Fresler se arrojó con todo el peso de su cuerpo hacia su hijo y lo tiró hacia atrás, y en medio de la confusión el arma fue a parar debajo de un sofá. El señor Fresler corrió por la habitación y agarró la pistola, mientras Santiago estaba tirado en el suelo.

Cuando Santiago logró subir la mitad superior de su cuerpo y apoyar la mano el suelo para levantarse, su padre lo estaba apuntando a la cabeza con la pistola. Santiago quedó sentado en el piso.

— Siempre termino lo que empiezo, este es el día más feliz de mi vida —dijo el señor Fresler y, dedicándole una mueca maligna de satisfacción a su hijo, apretó el gatillo.

No se escuchó un disparo: el arma no estaba cargada. El señor Fresler volvió a intentar disparar pero, cuando se dio cuenta que la pistola no tenía balas, arrojó el arma hacia la cara a su hijo con todas sus fuerzas. Luego corrió hacia la puerta y escapó.

Santiago cayó hacia atrás y quedó tumbado boca arriba, confundido por unos segundos. Le empezó a doler fuertemente la zona debajo de su ojo izquierdo. Sacó un pequeño frasco entre sus ropas y se frotó las manos con un líquido azulado. Se trataba de una sustancia para borrar rastros de cocaína en sus manos y así evitar que el sabueso confundiera su presa. El plan había sido ejecutado a la perfección, puesto que todo había salido según lo calculado. Se quedó en el piso de parqué mirando al techo: tenía que darle algunos segundos más de ventaja a su padre. Sintió un alivio momentáneo, como cuando hace años terminaba un examen escrito en la universidad y esperaba a que los profesores le dieran la nota.

*Era la cuarta vez en menos de un mes que se hacía una conmemoración morbosa de la Shoá en su Escuela Hebrea. Sus profesores disfrutaban mostrándoles fotos de judíos desnutridos, pálidos y agonizantes durante la Segunda Guerra Mundial. Las veces anteriores esas imágenes lo habían perturbado de tal manera que luego le costaba dormir por las noches, al estar aterrorizado por la ferocidad y falta de misericordia de los nazis: podía recordar las fotografías con total nitidez y claridad por culpa de su privilegiada memoria eidética.*

*Por suerte, sus compañeros estaban callados y ya habían agotado todos los chistes sexuales sobre las mujeres y los hombres desnudos que veían. Vieron esas imágenes cientos de veces, por lo que ya estaban acostumbrados al horror, y el espanto original había quedado en el olvido. Ya no estaban asustados, puesto que el temor se había ido transformado poco a poco en odio y sed de venganza.*

*El profesor de historia, el señor Nisengart, empezó con su ya archisabido y calculado monólogo, mientras pasaban las imágenes en el proyector. Cada gesto, palabra y pausa habían sido cuidadosamente estudiados, de tal manera que al representar la escena efectista el conjunto conformara una obra elegíaca difícil de no consternar a todos los estudiantes.*

*— Los aliados, al liberar los campos de concentración, obligaron a los habitantes de los pueblos vecinos a ir a observar la escena —dijo el profesor Nisengart con voz afectada—. Querían que haya testigos de la brutalidad de los nazis para con el pueblo judío. Había pastillas de jabón hechas con cadáveres y también lámparas con piel humana. Encontraron montañas de cadáveres que habían sido gaseados y estaban a punto de ser incinerados: hombres, mujeres y niños desnutridos que tenían tatuados cada uno un número de identificación. Todo este sufrimiento tuvo que soportar nuestro pueblo por el odio irracional y antisemita de un nefasto personaje alemán. Es por eso que todos los descendientes de Abraham debemos permanecer más juntos que nunca.*

*Santiago pensó en el temor de esas personas al ser humilladas, discriminadas y golpeadas por sus enemigos y comprendió que el comienzo del mito al ver chimeneas e imaginarse cámaras de gas era totalmente comprensible, pero no podía entender por qué hoy en día esa quimera se seguía aceptando como una verdad indiscutible. ¿O acaso habían existido realmente las cámaras de gas? Todo parecía algo absurdo e ilógico. ¿No habría sido más fácil y económico matarlos de un disparo o dejarles morir de hambre? Y, si los iban a matar, ¿para qué les hacían tatuajes? ¿Y por qué eliminarían a esclavos que trabajaban gratis? Por otro parte, no podía imaginarse a*

*los nazis dándose una ducha con jabón hecho con la grasa de judíos y mucho menos creía que hacían lámparas con piel humana, no porque ellos no tuvieran suficiente maldad sino por la imposibilidad física que ello implicaba. ¿Acaso sus propios profesores no le habían enseñado a él, Santiago, que la piel es algo biológico que empieza a descomponerse casi en el mismo instante en el que una persona muere?*

En la esquina estaban reunidos los típicos noctámbulos de los sábados a la noche, los cuáles no tenían otro objetivo en la vida que esperar a que saliera el sol para irse a dormir. Jacob Fresler, jadeante y sudoroso, siguió su camino y llegó corriendo hacia la casa del rabino Lichtenbaum, quien en ese momento daba una enorme celebración con cena en el patio lateral de su casa. El señor Fresler no se imaginaba que un sabueso antidroga seguía sus rastros a menos de ochenta metros de distancia.

El señor Fresler estaba exhausto así que trató de tranquilizarse, porque no podía ni siquiera hablar. Encontró con la mirada a Marcos Koffman y se acercó hacia él lentamente.

Los fuertes ladridos de un perro preocuparon a la muchedumbre. Todos se voltearon para ver de qué se trataba. El animal estaba encadenado y saltaba furioso hacia ellos, mientras su dueño intentaba calmar su rabia. Casi al mismo tiempo, una camioneta llegó por la calle bruscamente y dobló hacia ellos; todos corrieron hacia atrás instintivamente pero el vehículo frenó violentamente inclinado en la vereda. La iluminación de los faros los había cegado momentáneamente a todos. Éstos quisieron escapar pero no pudieron hacerlo porque estaban acorralados en un rincón, rodeados por dos altos muros.

— Agente Di Bastian, de la Brigada de Investigaciones —gritó Federico a la multitud alzando su credencial en el aire con su mano izquierda y apuntando su arma con la derecha. Mientras tanto, su compañero policía estaba intentando calmar al perro, el cual estaba enardecido a causa de olfatear la cocaína.

Joaquín también había llegado corriendo con los dos policías y, al igual que Federico, tampoco había perdido de vista a su objetivo. Lo vio acercarse a un individuo macrocéfalo de ojos verdes que tenía el cabello corto y enrulado.

— Lo siento, Marcos, lo siento —dijo aturdido el señor Fresler—. Me deben haber seguido hasta acá. Me dijeron que querían saber dónde estabas, me inventaron una historia de que secuestraste a niños o a algo así.

El señor Fresler comprendió que el plan de su hijo no había sido preguntarle amablemente por la identidad y el paradero de Elías Cohen, sino que todo se trató de una sucia artimaña para jugar con su paranoia y asustarlo para que saliera corriendo hacia donde aquel se encontraba. Tenía fobia a los perros y estaba con el rostro pálido, porque supo que el animal ladraba mirándolo a él.

— Un policía italiano en una camioneta japonesa con un perro alemán antisemita: eso sólo puede significar una cosa. ¡Vienen por nosotros, vienen por nosotros! —gritó horrorizado al borde de la locura, al mismo tiempo que tragó su anillo de oro y también metió su reloj en la boca, pero se atragantó y lo escupió en el césped.

— ¡Hamán! —gritó Marcos señalando a los tres gentiles.

Todos los judíos causaron un gran alboroto al golpear estrepitosamente lo primero que encontraron a su alcance: mesas, sillas, chapas y ventanas. Federico se

sorprendió al ver aquello, pero no se asustó; estaba dispuesto a matarlos a todos si era necesario hacer eso para encontrar a Micaela.

— Soy el rabino Lichtenbaum —gritó un hombre al mismo tiempo que se apartaba de la multitud y se acercaba a Federico—. Esto es propiedad privada, ¿qué es todo este espectáculo que están montando?

En ese mismo momento, Irene se apeó de la camioneta y Santiago llegó con su auto Ford e inmediatamente se incorporó a ellos, dejando abierta la puerta del vehículo.

— Vinimos siguiendo al cómplice de un secuestrador hasta acá, así que según la ley podemos entrar para capturarlo. Aquel sujeto es un criminal —dijo Federico, señalando con su dedo índice a Marcos y no al señor Fresler.

— Este es un hogar sagrado. Los judíos hemos enfrentado los peores líbelos a lo largo de nuestra historia. Él es un elegido, no creo que sea un criminal.

—Esto no se trata de si los duendes que cuidan la entrada del arco iris son azules o verdes —gritó Joaquín—. Mi hija fue secuestrada y probablemente también varios chicos más, así que vamos a llevarnos al secuestrador con o sin su permiso.

Santiago le hizo un gesto a Irene para que se llevara a Joaquín porque quería hablar a solas con el rabino, y Federico aprovechó para ayudar a Lisandro a alejarse con el perro. Cuando Santiago quedó cara a cara con el rabino, le dijo:

— Shalom.

El rabino se quedó sorprendido de escuchar eso.

— Shalom —saludó educadamente.

— Soy Santiago Fresler —dijo Santiago, conciente de que, al reconocer su apellido judío, el rabino empezaría a bajar sus defensas—. Lo que le dijo el policía es verdad, aquel hombre que se hace llamar Elías Cohen secuestró a una niña.

— ¿Otro líbello de sangre? Estamos en el siglo XX, pero los gentiles no cambian y siguen pensando todavía que de verdad secuestramos niños cristianos para hacer sacrificios ¿Por qué un elegido haría algo así?

— Es verdad que a lo largo de la historia hubieron acusaciones falsas hacia el pueblo judío, pero eso no quiere decir que siempre tengan que ser inocentes de todo. Además, esto no es una acusación hacia todos los judíos sino hacia un solo sujeto. Aquél hombre secuestró a una niña para extorsionar al padre, quien es urólogo. Elías Cohen y sus cómplices hicieron eso para el que el urólogo votara a favor para la aprobación de la circuncisión obligatoria.

El rabino se quedó perplejo, no podía creer lo que estaba escuchando. Mientras tanto, los demás judíos observaban todo a escasos metros.

— ¿Coincide conmigo en que el ritual del Berit Milá es la costumbre principal que mantiene unido al pueblo judío? —preguntó Santiago.

— Eso es muy cierto —respondió el rabino, atónito por la muestra de sabiduría de su interlocutor.

— ¿Y qué pasará si se empiezan a circuncidar a todos los hombres de Corrientes y en poco tiempo a todos los del país? Para el pueblo judío, circuncidar a todos los hombres gentiles del país es igual de malo que no circuncidar ningún judío, porque el único fin es diferenciarse de los gentiles para mantener unida a la colectividad.

El rabino se quedó cavilando. Santiago continuó simulando tener paciencia, pero lo cierto es que estaba a punto de llegar a su límite. Sólo estaba tratando de evitar una tragedia mayor porque sabía que si Federico intentaba capturar a Elías Cohen por la fuerza, los demás judíos lo defenderían y pronto el lugar quedaría cubierto de sangre.

— Usted puede colaborar con nosotros y entregar a un criminal a la justicia — continuó Santiago con voz cordial pero inflexible—. O si lo prefiere, puede protegerlo, pero no le recomiendo que haga eso. ¿Ve a la muchacha que está allá? —preguntó, señalando a Irene.

El rabino asintió.

— Es una importante periodista de la provincia y tiene contactos en todo el país. Si usted no nos entrega a Elías Cohen, ella se encargará de difundir a los cuatro vientos la noticia de que ustedes son cómplices en el secuestro de esos chicos inocentes. Y ya sabe como a la opinión pública le gusta meter a todos los gatos en la misma bolsa; no pasará ni un minuto antes de que culpen también a todos los demás judíos del país. Ahí ya podrán dejar de ver fantasmas por todos lados, porque el antisemitismo será muy real. Ahora, no puedo seguir hablando con usted porque las vidas de unos chicos están en peligro así que basta de chácharas y dígame cual es su decisión.

— Hagan lo que tengan que hacer —dijo el rabino seriamente luego de pensarlo durante unos segundos más—. Su nombre real es Marcos Koffman, siempre fue una deshonra para nuestra comunidad. Será excomulgado a la mayor brevedad posible.

El rabino se dirigió a sus correligionarios y les dijo que dejaran que los policías se llevaran a Marcos.

Federico y Lisandro fueron a capturar al secuestrador, y Santiago les cubrió sus espaldas para asegurarse de que no hubiera sorpresas.

— Espero que esta sea la última vez que nos veamos —le gritó el señor Fresler a su hijo.

— No, esta no es la última vez —respondió Santiago en voz alta—. Algún día voy a unirme a una secta donde su ritual principal consista en arrancar con un cuchillo una oreja a su progenitor, entonces iré a buscarte y saldaremos viejas deudas.

— Sos un cobarde que no supiste aceptar la responsabilidad que conlleva pertenecer al pueblo elegido —gritó el señor Fresler, mientras su hijo se alejaba indiferente—. Somos un reino de sacerdotes y un pueblo santo. ¡Un pueblo santo!

*Los rumores afirmaban que el gran Sherlock Holmes moriría ese día, pero Santiago se negaba a creerlos. Durante el recreo, compró en el quiosco del colegio la revista que traía un pequeño suplemento con el nuevo relato del mítico detective. No podía esperar hasta llegar a su casa para saber lo que sucedería, así que buscó un asiento deshabitado y empezó a leerlo ahí mismo. Poco importaba el barullo de sus compañeros en el patio; ningún ruido podría desconcentrarlo de esa gratificante lectura. Los minutos pasaban y, con cada segundo muerto, aumentaban sus temores de enterarse de que ese sería el último caso de su héroe preferido; sin embargo, continuó leyendo: tenía miedo de la verdad, pero no podía vivir con la ignorancia.*

*Cuando le quedaban pocas páginas para terminar de leer la formidable historia, el profesor Peschansky se acercó a él con curiosidad.*

— ¿Qué estás leyendo? —le preguntó, pero no esperó respuesta sino que inmediatamente le quitó el suplemento a su alumno—. El título de esta historia, «El Problema Final», es una clara muestra de antisemitismo. No sabía que Conan Doyle era judeófobo, pero ahora me doy cuenta de todo: nació en una familia católica así que resulta obvio que también odiaba a nuestro pueblo. Este relato hace apología del nazismo y a «la solución final al problema de los judíos».

— No, eso no tiene sentido —dijo Santiago a modo de protesta, temiendo lo que pudiera llegar a pasarle a su suplemento—. Este cuento se publicó por primera vez en 1893, y la ideología nacionalsocialista recién nace treinta años después.

El profesor hizo caso omiso a las palabras del estudiante y sacó de su portafolios un gordo cuaderno negro de aproximadamente 400 hojas que estaba repleto de nombres de famosos que él consideraba que eran antisemitas. Luego, anotó el nombre de Conan Doyle al final de la lista negra, en una de las últimas páginas.

— Supongo que de ahí viene el antisemitismo de Agatha Christie —continuó diciendo el profesor Peschansky—. Siempre sus personajes sospechaban lo peor de cualquier extranjero así que es obvio que también odiaba a nuestro pueblo, puesto que somos los eternos extranjeros. Tendrías que leer a Asimov, escribió un cuento que explica muy bien esto que te digo sobre Agatha Christie. ¡Isaac Asimov, que judío excepcional! De cualquier manera, pienso que no deberías leer nada de historias policiales sino historietas de superhéroes, ¡por ejemplo las de Superman, un auténtico judío como nosotros!

Santiago miraba a su profesor de hebreo tratando de salvar su pertenecía pero no sabía cómo. Finalmente, el profesor Peschansky sacó un encendedor de su bolsillo e incendió el suplemento. Las hojas ardían y Santiago supo que no podría comprar una nueva revista porque no tenía más dinero.

— Voy a hablar con la Liga Antidifamación para que saque inmediatamente de circulación estos panfletos antisemitas —dijo el profesor Peschansky, tirando al suelo el suplemento en llamas—. No sé por qué a esta altura me sigue asombrado el antisemitismo del mundo. Ayer leí en una revista que está científicamente demostrado que todas las personas llamadas Germán son nazis, al igual que todos los hinchas de River. Existiendo millones de colores, ¿no te parece raro que hayan elegido el rojo y el blanco para su camiseta? ¿Casualidad? ¡No, señor, ninguna casualidad! Es un claro intento de destruir a nuestra raza. Pero todo es inútil, nuestro pueblo ha sobrevivido a todos y a cada uno de los intentos de exterminación: ha resistido a éxodos, pogromos, guetos, inquisiciones, expulsiones, diásporas, líbelos de sangre, holocaustos, intifadas, y a un millón de cosas más. ¿Y cómo puede David luchar eternamente contra Goliat y salir siempre victorioso? ¡Por ayuda del Eterno, no hay otra explicación!

Santiago estaba tan enojado que casi le gritó algo a su profesor, pero no lo hizo. Le quería decir que se le había olvidado mencionar el pequeño detalle de que en tiempos modernos David ya no luchaba lanzando piedras con su honda, sino que atacaba con misiles, tanques, ametralladoras y la última tecnología en armamentos bélicos.

Marcos Koffman estaba esposado en la parte trasera de la camioneta, controlado de cerca por Lisandro. Santiago viajaba en el asiento del acompañante por orden de Federico, porque éste no quería incidentes previos al interrogatorio. Irene y Joaquín les seguían de cerca con el auto Ford y llevaban al perro en el asiento trasero.

Cuando llegaron a la casa de Joaquín, llevaron inmediatamente a Marcos al garaje. Éste estaba aterrizado porque pensaba que lo trasladarían a una comisaría y no a la casa donde horas antes había secuestrado a una niña.

— ¡Quiero hablar con mi abogado! —gritó varias veces.

Miró desafiante a Joaquín, quien volvió hacia ellos luego de haber ido a tranquilizar a su esposa.

— Quizá todavía no le cortaron el dedo a tu hija —dijo Marcos y luego se echó a reír a carcajadas como un loco.

Joaquín se acercó y le pegó una trompada volteándole la cara hacia atrás.

— Más respeto, hijo de puta, ella es una nena inocente de sólo tres años. No tiene nada que ver con toda tu mierda mística.

— ¿Tiene tres años? —dijo Marcos burlonamente procedido por otra macabra risotada—. Con razón me miraba con odio cuando la secuestré. Todos los nacidos en 1988 tienen el gen nazi dentro de ellos, porque el número 88 simboliza a la esvástica.

Lisandro y Santiago sujetaron a Joaquín y lo llevaron hacia fuera.

— Sé qué sos como nosotros —le susurró Marcos al oído a Federico para que Irene no escuchara nada—, que sos especial y por eso los demás no te entienden. Si me ayudás a salir de acá te prometo que hablaré con mi comunidad para que te dejen vivir como un neófito. Si cooperás conmigo, puedo conseguirte un territorio en Medio Oriente a elección; sólo tendrás que señalarlo en el mapa y será tuyo y...

Marcos gritó de dolor porque sorpresivamente Federico sacó un destornillador de una caja de herramientas y se lo clavó en una pierna. Luego recibió una serie de trompadas en la cabeza y patadas en el abdomen. Éste no se podía defender porque estaba esposado con las manos detrás de su espalda.

— El chico que casi mataste era mi hijo —dijo tranquilo Federico mientras Marcos se retorció en el suelo por el sufrimiento.

— Ese golpe se lo tenía muy bien merecido —dijo Marcos desafiante y jadeando mientras escupía sangre—. Su perro era un pastor alemán, es obvio que era nazi porque empezó a ladrarnos cuando llegamos. ¿Y cómo se le ocurre a ese chico ponerle a un animal un apellido judío? ¡Maldito antisemita!, ¿por qué no le puso un nombre cristiano?

Federico le propinó otra tanda de brutales golpes.

— Confesá dónde están los chicos secuestrados o te voy a obligar a comer panchos y no vas a poder llegar al cielo, hijo de puta.

Irene observaba toda la escena a un par de metros. A ella nunca le habían gustado los métodos de tortura de Federico, pero sabía que problemas extremos exigían soluciones extremas.

— ¿De verdad pensás que los judíos son los únicos que sufrieron en toda la historia de la humanidad? —dijo Irene acercándose a Marcos—. Hace pocos años las mujeres ni siquiera tenían derecho a la educación ni a trabajar y ni hablemos de si podían votar. Los negros eran esclavos por el simple hecho del color de su piel. Y recién en 1537 el Papa tuvo la gentileza de dictaminar que los indios americanos también eran seres humanos, pero hoy en día casi todos los europeos siguen pensando que a los

sudamericanos nos pueden dar un espejito y robarnos nuestros tesoros. Los españoles nos dicen sudacas y piensan que vivimos en el culo del mundo.

— Más sudaca serás vos, ¡yo soy judío! —gritó Marcos ofendido.

Una idea se le ocurrió a Irene y agarró a Federico de un brazo y lo miró en tono conspirativo, señalándole que lo acompañara afuera. A unos metros del garaje, los dos se reunieron a hablar con sus otros tres compañeros.

— Esto no está funcionando —dijo Irene—. La Torá dice que los judíos pertenecen a un pueblo sufrido así que al hacerle daño lo único que logramos es que se ponga contento porque con eso él confirma su idea de que ese libro tiene razón. Además, le das un motivo para ser el centro de la atención después de esto.

— ¿Qué querés decir con eso? —preguntó Federico —.¿Qué sugerís que hagamos?

— Al torturarlo, le dejás heridas visibles que luego usará para dar lástima y manipular a las personas con chantajes emocionales —explicó Irene—. Individuos como él soportan bien el dolor, pero lo que más les atemoriza es la amenaza del dolor. Lo que debemos hacer es pensar en algo que...

— ¿Tenés a mano el instrumento que se mete por la uretra para explorar la vejiga? —interrumpió Santiago, mirando a Joaquín.

— ¿Cistoscopio?

— Sí, ese.

— Sólo tengo uno flexible, no el rígido. El flexible no duele tanto.

— No se preocupen, me voy a ingeniar para buscar respuestas con este palito — dijo Federico agarrando un palito para brochetas que vio en el contenedor de basura.

Los cinco volvieron a entrar rápidamente al garaje y se apuraron a hacer lo que tenían que hacer. Mientras Santiago sujetaba por atrás a Marcos, con sus brazos alrededor del cuello de éste, Federico se acercó y le desabrochó el cinturón.

— No seas tímido —dijo Federico en tono burlón.

Marcos gritaba y pataleaba desesperadamente, pero no pudo evitar que Federico le bajara el pantalón. Lo que vieron era absurdo y les dejó sorprendido a todos.

— ¡Tengo fimosis, malditos goim! —gritó Marcos llorando.

— ¿Qué es eso? —preguntó Lisandro.

— Es un problema del pene en el cual el prepucio es estrecho y no deja salir al glande —contestó Joaquín a sus compañeros.

Joaquín dio una fuerte patada en el pecho a Marcos.

— Esto se soluciona con una sencilla cirugía ambulatoria y anestesia local — dijo furioso—. Entrás al hospital y en menos de una hora salís caminando. Deberías haber hecho eso en lugar de secuestrar niños inocentes y promover una ley sanguinaria.

— Es fácil decir eso estando de ese lado del bisturí —dijo Marcos, quien seguía llorando—. Esos lampiños residentes me ponen irritable y ni hablar de los cirujanos generosos del bisturí. No sólo me extirparán el prepucio sino también mi dignidad.

— Dignidad, ¿dignidad? Secuestraste a una nena, ¿de qué dignidad podés hablar vos? —gritó agresivamente Irene.

— La Mitzbá me prohíbe raptar a un hebreo, pero no me dice nada sobre una goim. Yo soy judío, no me conduzco según las costumbres y leyes específicas de las naciones. El Eterno habló conmigo y me dijo que soy el elegido para circuncidar a todos los hombres del mundo. ¡Soy Elías Cohen, el ángel de la circuncisión! —dijo llorando.

— ¿Recordás esa parte del Génesis que dice que los incircuncisos son impuros y deben ser eliminados del pueblo por no haber cumplido el pacto del corte? —dijo Santiago—. Si no nos decís dónde están los chicos secuestrados, me encargaré que todos los judíos del país sepan que vos no estás circuncidado.

Marcos dejó de llorar y miró horrorizado a sus captores. Supo que estaba acabado así que decidió contar todo.

— Mi cómplice se llama Samuel Goldstein, es el hijo del dueño de Laboratorios Goldstein. Está en una casa quinta en las afueras de la ciudad, cerca de la Ruta 12. Tiene que deshacerse de los chicos para no dejar evidencias, así que los sacrificará en un ritual pagano descuartizándolos con un hacha con los primeros rayos del sol, dentro de pocos minutos —dijo cansado, y apoyó su cabeza en el suelo como si se dispusiera a dormir luego de un arduo día laboral.

Los cinco que estaban parados se miraron petrificados y luego dirigieron su vista hacia afuera del garaje, donde el oscuro cielo amenazaba con volverse rojo.

*Todos guardaron silencio en el matadero. La vaca estaba tirada en el suelo y tres personas la sujetaban para inmovilizarla. El shojet Misael, luego de decir unas oraciones en hebreo, se acercó al animal y le cortó la garganta de oreja a oreja. Más de tres litros de sangre salieron abruptamente de la nuca del animal, salpicando la poblada barba blanca del shojet y parte de su cara. Después lo colgaron boca abajo por su pata trasera izquierda con una cadena sujeta al techo. La criatura se balanceaba lentamente de un lado a otro a causa de su desesperación.*

*Casi todos los estudiantes sonreían mirando aquella escena. Presenciar el sacrificio ritual de degüello les hacía sentir más poderosos y viriles. Las peores perversiones sanguinarias brotaban dentro de ellos, o quizá siempre habían estado allí, latentes, a la espera de que fuera culturalmente aceptable su exteriorización. Santiago empezó a sentir náuseas y repulsión: en momentos como ése hubiera preferido no poseer una memoria fotográfica, la cual funcionaba con mayor intensidad cuando estaba nervioso. Quizás esa muerte no fuera tan dolorosa; pensó que sólo a él le causaba ese efecto porque temía morir desangrado a causa de su hemofilia.*

— Este sacrificio, por supuesto, está hecho según las normas de la shechita —dijo el shojet, indiferente al hecho de que tenía su rostro cubierto de sangre y que cuando hablaba dejaba entrever el líquido escarlata entre sus dientes—. Es para ofrecer la sangre y el alma de la criatura al Eterno, mientras nosotros podemos quedarnos con la carne. Como seguramente habrán aprendido en la escuela, Kosher es una palabra hebrea que significa autorizado o apto para el consumo humano. Estos productos cumplen con las normas Kashruth, que es un conjunto de normas de higiene, pureza y santidad contenidas en nuestra ley. ¿Alguna pregunta?

Ariel Ducat fue el único en levantar la mano.

— ¿Está mal ser vegetariano? —preguntó.

*Ariel día a día era más rechazado por casi todos sus compañeros. Los motivos principales eran que cada vez descuidaba más su religión y tenía amigos gentiles. Esto era fácil de comprobar porque decía a cada rato e él era un «judío de clase media», puesto que los judíos que vivían entre gentiles estaban a la defensiva permanente para que no lo tildaran con el estereotipo de judío rico y avaro.*

*— Sí, está mal porque sería un acto de egoísmo —contestó el shojet, mientras el animal que estaba colgado continuaba desangrándose—. En el mundo, cada vez hay más personas melodramáticas y sentimentaloides que lloran cuando muere la mamá de Bambi en el cine, pero sin embargo no son capaces de inmutarse con una película donde muestra que murieron veinte millones de judíos en cámaras de gas. No nos engañemos: el vegetarianismo es una de las formas más divulgadas de antisemitismo entre los goim. ¡Hitler también era vegetariano!*

*Al decir esas últimas palabras, casi todos juzgaron que ser vegetariano era un pecado capital: estaban programados para actuar, pensar y sentir de manera diametralmente opuesta a la de su máximo enemigo.*

*— Él amaba a los animales —continuó diciendo el shojet—, y creó las primeras leyes en la historia que prohibían los experimentos científicos con animales. Por su culpa aún hoy en día seguimos teniendo problemas a causa de estos nuevos terroristas llamados ecologistas. Cada día son más las leyes internacionales que prohíben matar a los animales por medio de desangramientos. Pretenden que les demos el golpe de gracia para que mueran al instante. No entienden que, al dar derechos a los animales y sentir compasión por ellos, lo único que logramos es rebajarnos a su mismo nivel. El Eterno nos colocó en la cúspide de sus creaciones, no debemos sentir piedad por quienes están debajo de la cadena alimenticia. Están en este mundo para servirnos; a ellos les encanta que los comamos, así pueden alcanzar un nivel espiritual más elevado al estar dentro nuestro.*

*Luego se quedaron todos callados, mirando la muerte del animal. En total, fueron doce los minutos de agonía desde que el shojet le cortó la garganta hasta que finalmente murió.*

Todos los intentos de llegar antes del amanecer fueron inútiles. Las sirenas de los patrulleros hacían un estruendoso ruido y avanzaban velozmente por la ruta detrás de la camioneta Toyota blanca, pero cuando estaban a más de trescientos metros de su destino el sol se impuso en el cielo. Amanda abrazó a su esposo y lloraron juntos; Joaquín perdió sus nervios de acero y sintió que una parte importante de él había muerto. Sus cabellos del color del estaño habían encanecido mucho más durante las últimas 20 horas y su hirsuta barba sin afeitar tenía tres milímetros de largo. Con un nudo en la garganta, Joaquín miraba a cada segundo su reloj pulsera de titanio como si con eso pudiera detener el tiempo.

Llegaron a la casa quinta a las 7,35 de la mañana y todos se apearon inmediatamente. La vivienda estaba descuidada y los extensos matorrales que rodeaban sus paredes le daban una tétrica apariencia.

Doce agentes de la Policía de Alto Riesgo se apresuraron para ingresar a la casa, con visibles chalecos antibalas sobre sus uniformes negros y armados con escopetas. Sólo uno de ellos había quedado en uno de los patrulleros, custodiando a Marcos. No fue necesario romper la puerta, ya que no estaba cerrada con llave.

Mientras los de la PAR entraron a la vivienda, el perro antidroga bajó ladrando de la camioneta y corrió alrededor del inmueble. Federico y Lisandro agarraron sus armas y persiguieron cautelosamente al animal. Joaquín siguió a Federico, y pronto Santiago, Irene y Amanda también hicieron lo mismo.

En la parte trasera de la casa había un extenso patio limitado por enormes y viejos árboles. A siete metros de la vivienda se encontraba una puerta trampa y tenía una hoja abierta. El perro se quedó ladrando un segundo, quieto en su lugar, pero luego se dirigió a la puerta trampa y saltó hacia ella, bajando por las escaleras.

Cerca de la casa había un hacha ensangrentada sobre un pedazo de tronco. Un sonido desgarrador e inhumano salió de la garganta de Amanda, pero ella no lo reconoció como propio.

— La sangre está seca y es probable que sea de animal —dijo Santiago para tranquilizarla aunque no estaba seguro que esa sangre no fuera humana.

Nueve hombres de la PAR no tardaron en salir de la vivienda por la puerta trasera.

— En la casa no hay nadie —dijo uno de ellos a Federico y quiso agregar algo más pero vio la puerta trampa y se quedó callado.

Todos se mantuvieron en silencio y ni siquiera los pájaros hicieron ruido. Tampoco se escuchaban los ladridos del perro. Vieron una silueta humana que subía por las escaleras y todos los que tenían armas apuntaron hacia esa dirección.

Todo eso duró menos de dos segundos, pero en ese breve lapso Joaquín envejeció cien años y el corazón se le atoró en su garganta. Lo que vio fue lo que recordaría el resto su vida.

— ¡No disparen, no disparen! —gritó Federico a sus compañeros al ver a un hombre con una nena en sus brazos: ese hombre era Tomás.

Joaquín y Amanda corrieron a abrazar hacia Micaela. Amanda agarró las manos de su hija y contó sus deditos para asegurarse de que no le faltaba ninguno. Ella parecía estar bien, tenía todos los pelos frisados y estaba asustada, pero se encontraba sana y salva.

— Papi, tu balba me hashe cosquillitas —dijo Micaela, al mismo tiempo que se frotaba sus mejillas con las manos.

Joaquín se alejó un poco para verla mejor. Nunca antes se había percatado de la ternura de la boca de su hija al hablar, y que sus pequeños labios adoptaban formas graciosas al esforzarse por pronunciar bien las palabras.

— ¿Eshe etá bien? Él me quisho ayudal pero eshos homes le pegalon fuele y le tilalon al shuelo.

— Si, mi amor, está recuperándose en el hospital.

Fernanda salió del sótano junto a una ocho niños y niñas, quiénes tenían entre cinco y nueve años y estaban temerosos. El último en salir fue el doctor Di Bastian. Su imponente aspecto y sus vigorosos ojos hacían de él un hombre de apariencia respetable, pero jamás autoritaria.

— Samuel Goldstein está esposado en el sótano —dijo Tomás a los de la PAR.

Federico se acercó a su primo.

— ¿Me podés explicar cómo te libraste de las esposas, descubriste quien era el secuestrador y llegaste hasta acá? —preguntó atónito.

— Lo caminos del señor son misteriosos —respondió sarcásticamente Tomás y se alejó de Federico sin decir más nada. Eso fue un golpe duro para Federico, porque descubrió que a pesar de todo Tomás no había olvidado lo que le había hecho días antes.

Los agentes de la PAR sacaron del sótano a un individuo de unos treinta años, el cual estaba atado de pies con unas cuerdas y esposado de manos. Era flaco y de baja estatura, pero las venas de su frente delataban que era un hombre inestable y agresivo a pesar de su insignificante cuerpo.

— ¡No perdonar al perseguidor! —gritaba al ver a Tomás mientras lo trasladaban hacia un patrullero—. ¡Recordar lo que nos hizo Amalek! ¡Borrar su descendencia de la Tierra! ¡No olvidar lo que nos hicieron!

*Sara Fresler estaba hablando por teléfono con Ester, su cuñada. Ella vivía en una Colonia de Entre Ríos llamada Lucienville, la cual era uno de los mayores asentamientos de judíos en la Argentina. Luego colgó y fue a sentarse cerca de la mesa.*

— *Mi hermana me contó que algunos miembros de la comunidad se rehúsan a realizar el pacto del corte en el cuerpo de sus hijos —dijo la señora Fresler a su esposo—. Pobre de ellos, ya deberán dar explicaciones al Eterno. Ester incluso oyó rumores de que algunos padres circuncidan una zanahoria en lugar de sellar el pacto en el cuerpo de su hijo.*

— *¡Que horror! —gritó el señor Fresler—. ¡Son unos ignorantes y una deshonra para nuestra comunidad!*

— *La mayoría de los hombres del mundo no están circuncidados y viven perfectamente bien —dijo Santiago.*

— *Nuestra comunidad busca desesperadamente formas de perpetuar la memoria de los doce millones de judíos muertos en el Holocausto —dijo el señor Fresler, intentando mantener la calma—. La circuncisión es la forma más efectiva para ayudar a golpear la causa nazi y homenajear así a nuestros mártires.*

— *A mí me hubiera gustado tener el pene completo —dijo tímidamente Santiago.*

— *No seas tan melodramático, pensá en positivo: ahora tenés la vaina servida, ¡los circuncisos estamos siempre listos para cualquier combate! —gritó el señor Fresler, extendiendo los brazos hacia arriba—. El profeta Zacarías predijo que al final de los días el único mérito judío será el del Brit y que todo lo demás será prescindible, ¡por la sangre de nuestro pacto seremos salvos!*

*Santiago pensó en lo absurdo que sonaba todo y en cómo sería para identificarse ante Di's. ¿Todos tendrían que bajarse los pantalones y desfilar uno por uno ante él?*

— *Los judíos tenemos un gen especial en la sangre que nos hace más inteligentes que el resto de la población —explicó la señora Fresler a su hijo—, y, además, adquirimos mucha cultura. Por eso es necesario también que haya muchos rituales para que sea difícil que nos alejemos de la comunidad.*

*Y ahí, justo en ese instante, Santiago comprendió todo. Durante meses había investigado en libros sobre la importancia de la circuncisión y leyó cientos de*

*explicaciones; las más disparatas excusas trataban de justificar lo injustificable. Ya habían pasado aquellos años de inocencia en los que Santiago creía y temía que estaba casado con el mohel, porque en la Torá decía que la circuncisión convertía a alguien en «esposo de sangre». Algunos argumentaban que cortaban el prepucio para tener mayor placer sexual, otros decían que era para menos. Maimónides opinaba que «aunque la circuncisión disminuía el placer sexual, no es una tragedia». Pero ahora, finalmente, Santiago comprendió que la circuncisión era para mantenerlos dentro de la religión, y que esa mutilación cumplía una función similar al asustarlos con el supuesto odio que los gentiles tenían hacia ellos, para evitar que se alejaran de la colectividad judía. Sí, ya no tenía más dudas: la circuncisión era símbolo de la castración.*

*— El programa de Horacio Pinelli ya lleva siete semanas de transmisión y todavía ni una sola vez bailaron rikudim —decía el señor Fresler—. ¡Bailaron hasta danza árabe pero no rikudim! Eso es una falta de respeto hacia toda nuestra comunidad, no podemos dejar que sigan haciéndolo. Hay que demandarles por antisemitismo para que censuren ese programa.*

*Santiago no quería comer más carne después de lo que había visto el día anterior. Jugaba con la comida en su plato, revolviendo la comida de un lado a otro con el tenedor tratando de juntarla más posible para simular que había menos.*

*— ¿Por qué no estás comiendo?—le reprochó su padre.*

*Santiago no respondió nada durante unos segundos.*

*— Tengo tu patria potestad —dijo el señor Fresler amenazante, tomando una copa de vino—. ¿Sabías que originalmente era una ley romana que otorgaba al padre el derecho de vender, matar o comer a cualquiera de sus hijos sin dar ninguna explicación a nadie? Me llamarán nostálgico y anticuado, pero yo sigo creyendo en el término original de esa ley. Así como Abraham estaba dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac por orden del Eterno, yo también lo haría si él me lo pidiera.*

*— No creo que lo de Pinelli sea antisemitismo —dijo Santiago, hablando fuerte y claro como si estuviera programado para ello y dispuesto a vomitar todo lo que tenía dentro de su mente—. Siempre se acusa a todos de antisemitismo y se censura cualquier cosa, mientras los verdaderos neonazis están libres en las calles y en las plazas. Resulta que si algunos delincuentes asaltan a un gentil, es producto a «la violencia imperante en el país debido a la falta de cultura de trabajo y apología de la vida fácil». En cambio, si asaltan a un judío, nosotros decimos que es debido al «antisemitismo creciente y a la intolerancia religiosa para con el pueblo hebreo». Estamos en Argentina, acá los delincuentes no discriminan: roban y matan a cualquiera. ¿Qué carajo hacía el tarado con el baúl del auto lleno de joyas? —preguntó, haciendo referencia a un conocido caso que durante los días anteriores fue portada de los diarios más importantes del país.*

*Cualquier espectador ocasional hubiera pensado que Santiago sufría de demencia transitoria o que estaba experimentando un brote psicótico, pero en realidad nunca había estado tan cuerdo. Estaba cansado de que a todas sus preguntas importantes contestaran con otras preguntas y que censuraran todo el tiempo sus pensamientos. Estaba harto de vivir según las instrucciones de un anticuado manual que prohibía más cosas de las que permitía y ya no estaba dispuesto a desperdiciar un día entero cada semana llevando una vida parasitaria. No quería saber más nada de diálogos chovinistas, maniqueísmos simplistas, masacres religiosas, nepotismos brutales y endogamias salvajes para mantener la supuesta pureza de una supuesta raza.*

*No, lo de Santiago no era un hecho aislado sino una suma de una serie de miles de injusticias que se vio obligado a soportar prácticamente desde su nacimiento. Fue por eso que, en ese momento, había decidido arriesgar su vida a cambio de un único minuto de libertad.*

*— No me digas que sos un chico sensible que no puede soportar ver muertes por desangramiento —dijo el señor Fresler, volviendo al tema de la comida porque no sabía qué contestar a lo que su hijo había preguntado—. Gracias a nosotros y a nuestras costumbres judías es que se ha hecho un enorme progreso en la medicina moderna con las vacunas, porque los bioquímicos crean vacunas por medio del desangramiento de ratas con técnicas nuestras.*

*— No quiero Bar Mitzvah ni tampoco seré soldado de Israel —dijo Santiago seguro de sí mismo.*

*De un brusco manotazo, el señor Jacob Fresler tiró al suelo todo lo que había sobre la mesa. Luego hizo volar la mesa hacia un costado y se tiró hacia su hijo. La silla de Santiago cayó hacia atrás y pronto él estaba en el piso y con las manos de su padre sobre su cuello. Su madre empezó a llorar, pero seguía sentada en su asiento sin moverse; en realidad, esa silla estaba ocupada por una mujer pero en cierta forma estaba vacía. La señora Fresler con el paso del tiempo se había convertido en una mujer dócil y maleable, casi una esclava que no tenía una vida propia y sus únicas preocupaciones eran su religión, su esposo y su hijo (en ese orden de importancia).*

*Segundos después, el señor Fresler continuaba estrangulando a su hijo y éste, a pesar de que ya tenía la cara roja, los ojos desorbitados y le faltaba aire, ni siquiera intentaba defenderse: estaba dispuesto a morir antes que seguir siendo un títere. El señor Fresler soltó a su hijo y se puso de pie.*

*— ¡Maldito neonazi! ¿En lugar de llamarte Isaac hubieras preferido llamarte Adolfo? —gritó con un frenesí incontrolable, como si fuera él la verdadera víctima—. Hubiera preferido que seas cualquier cosa, ¡incluso un gay antes que un goy!*

*— ¿Tengo que cultivar un espíritu de superioridad y exclusivismo talmúdico racista? —dijo Santiago, con respiración acelerada a causa de que todavía su organismo no contaba con suficiente oxígeno y su ritmo cardíaco no se había normalizado— No lloraré como un idiota frente a un muro; no tengo nada de qué arrepentirme, no lamento nada. No voy a memorizar 613 mandamientos. Tampoco me entrenaré para luchar en una absurda guerra que mata y roba territorios a los más débiles. ¿Cómo era que decía la carta de Einstein contra Israel? ¿«Mezcla de ultranacionalismo, misticismo religioso y superioridad racial»?*

*El señor Fresler agarró de los cabellos a su hijo y lo arrastró hasta la puerta del sótano.*

*— Violaste uno de los preceptos más sagrados de nuestra colectividad, ¡el que trate sin respeto a su padre o a su madre, muera sin remedio! —gritó el señor Fresler, al mismo tiempo que empujó a su hijo por las escaleras en el oscuro y sucio sótano; luego dijo a través de la puerta—: Sos mi hijo y serás lo que yo quiero que seas. No dejaré que vos ni nadie discuta las tradiciones milenarias de nuestra colectividad. A ver si así podés poner en orden tus pensamientos. O si querés escribire cartas a Kitty; a Ana Frank eso le dio resultado. ¡Pureza, santidad y rectitud, eso es lo que necesitás! Irás a Israel quieras o no.*

*— ¿Qué vamos a hacer con él? —gritó llorando la señora Fresler.*

— No dejaré que sea un contestatario y díscolo, ni que haga sobre nuestra colectividad semejante escarnio sin sufrir un justo castigo —dijo furioso el señor Fresler, pensando en la mejor manera de matar a su hijo.

A última hora de la tarde del domingo, Joaquín entró a la habitación 17 del hospital San Martín y pronunció su acostumbrado saludo cordial. Al primero en ver fue a Ezequiel, quien estaba acostado en la cama, y luego vio a la madre, Laura, sentada en un sofá cerca de su hijo. Ezequiel tenía cubierta su cabellera con un grueso vendaje.

— ¿Cómo está mi paciente preferido? —dijo Joaquín acercándose a la cama y sentándose en el borde de ésta. Aquella frase era un viejo cliché que decían muchos de sus colegas a casi todos los pacientes, pero él nunca lo había dicho antes.

— Hola doctor, que suerte que está ya acá. Mi caballerito inglés no para de preguntar por usted y por su hija —dijo Laura.

— ¿Mica está bien? —preguntó Ezequiel.

— Si, ya está durmiendo con su mamá. No la pude traer pero te manda saludos.

— ¿Me odiás? —preguntó Ezequiel con voz temblorosa.

— ¿Estás loquito vos o qué te pasa? Si sabés que yo te quiero un montón. ¿Cómo te voy a odiar? —dijo Joaquín en tono sincero, acercando su manos a los hombros del chico.

— ¿Amanda y vos ya no van a dejarme entrar más a su casa, cierto? Porque por mi culpa secuestraron a tu hija —dijo Ezequiel y sus ojos grises estaban brillantes.

— No, campeón, ¿cómo vas a pensar eso? No fue tu culpa. Obvio que vas a poder ir a mi casa todas las veces que vos quieras, porque sos uno más de la familia.

Laura estaba segura de que el doctor era un excelente padre. Pero, ¿era tan bueno como ella pensaba o sólo estaba siendo amable porque era médico? Sabía que un enorme abismo separaba a los policías de los médicos, no sólo por los años de formación académica sino por la forma de ser. Laura intentó no pensar en eso, porque a pesar de todo Federico no era tan mal padre con su hijo.

— Sólo necesito que te quedes un tiempo más para hacer los estudios de rutina —dijo Joaquín—. Si todo sale bien, dentro de un par de días ya te voy a dar el alta.

Ezequiel estaba mirando fijamente el estetoscopio que Joaquín tenía alrededor del cuello.

— Te prometo que mañana antes del mediodía Mica viene a visitarte con su mamá —continuó diciendo Joaquín—. Yo voy venir a verte temprano antes de empezar a trabajar en el consultorio de urología, ¿está bien?

— Está bien —dijo Ezequiel, dedicándole una sonrisa apenas perceptible.

Joaquín se quitó el estetoscopio del cuello.

— No quiero que te sientas culpable de nada. A veces, queremos con todas nuestras ganas ayudar a personas que apreciamos, pero a pesar de todo no podemos hacerlo —dijo más sincero de lo que hubiera querido.

— ¿A vos te pasó alguna vez eso? —preguntó Ezequiel

— A veces pasa —respondió evasivamente Joaquín, haciendo un esfuerzo para no recordar. El chico le había sorprendido con las defensas bajas.

Joaquín puso la campana del estetoscopio en el pecho de Ezequiel y luego le dejó escuchar los latidos de su corazón.

En uno de los pasillos del hospital, los dos detectives estaban sentados conversando sobre sucesos recientes. Fue un día largo para todos, porque no sólo tuvieron que llevar a los chicos con sus respectivas familias sino que tuvieron que prestar declaraciones en la comisaría por más de siete horas.

— Mis hermanos están de vacaciones, así que ellos estaban a salvo. ¿Quién quería secuestrarme? —dijo Tomás a Santiago—. Alguien que no sabía que yo no vivía con mis padres. El doctor Di Bastian no tiene muchos amigos y su círculo social es casi inexistente fuera del ambiente médico porque el trabajo le consume la vida; los demás médicos también están siempre a las corridas, así que era improbable que uno de ellos me manchara con el polvo blanco. Se podía descartar también a los pacientes de la lista de sospechosos, porque me cuesta creer que alguien se tomara tantas molestias si lo que en realidad quería era vengarse de los urólogos de este hospital.

» Pero otra pregunta me ayudó a encontrar la respuesta que buscaba: ¿dónde alguien encontraría tiza? —preguntó Tomás— Y, además, no estuve mucho tiempo en el hospital así que debieron haberlo hecho ni bien me vieron, o sea que llevaban consigo esa tiza o algo parecido. Mientras seguía frenético revisando los archivos del estante, encontré unas muestras gratis de medicamentos sobre el escritorio del doctor Di Bastian. Algunas de ellas eran cápsulas médicas del tipo duro que contenían en su interior un polvo similar al de la mancha de mi buzo. Inmediatamente me comuniqué con la recepción del hospital usando el teléfono de la oficina de urología y le pedí a la recepcionista que mandara urgentemente al doctor Di Bastian a su despacho. No sólo llegó él, sino también Fernanda. Él nos contó que esos fármacos los había dejado un visitador médico pocas horas antes y así fue como los tres rápidamente empezamos a armar el rompecabezas. A decir verdad, no sé como no me di cuenta antes: un visitador médico era el sospechoso más probable puesto que ellos siempre andan con su típica valija que contiene muchos fármacos en su interior. Al verme en el hospital, Samuel Goldstein no se había podido resistir a la tentación de intentar secuestrarme. No me conocía personalmente, pero me reconocía por fotos que había visto en la oficina de urología.

— Todavía no entiendo qué ganaba Samuel Goldstein al secuestrar gente y que se aprobara la ley de circuncisión obligatoria —dijo Santiago.

— Eso es obvio, aunque fue Fernanda la que lo descubrió rápidamente —respondió Tomás—. Ella recordaba que en Estados Unidos, en los años sesenta, las compañías tabacaleras se habían dado cuenta de que el tabú que prohibía a las mujeres fumar les hacía perder a ellos el cincuenta por ciento del mercado, así que mediante artimañas publicitarias convencieron a la sociedad de que las mujeres eran más sensuales con un cigarrillo en la boca. Lo que pasó con nuestro caso fue algo similar, puesto que al hablar con el Doctor Di Bastian nos enteramos que Laboratorios Goldstein era el principal fabricante de los medicamentos post circuncisión, así que obviamente le convenía que se aprobara esa ley. El doctor Di Bastian sabía donde vivía Samuel Goldstein, pero fuimos hasta ahí y no lo encontramos. Luego descubrimos que su familia tenía una casa quinta en las afueras de la ciudad así que nos dirigimos hasta ahí.

— Interesante, pero ¿cómo lograste quitarte las esposas y esposar a Samuel en el sótano de su quinta? —preguntó Santiago.

Tomás metió su dedo índice en el bolsillo chico de su pantalón de jeans y sacó una diminuta llave.

— Sólo digamos que por fin le encontré una utilidad a este bolsillito que antes estaba de adorno —dijo, mostrándole la llave—. El jueves pasado tuve un percance con las esposas policiales de Federico, así que decidí estar preparado por si eso volvía a ocurrir. ¿Sabías que todas las esposas de los policías se abren con una única llave universal?

— Sí, es para evitar mayores problemas en caso de que a un policía se le pierda sus llaves.

Luego de un par de segundos incómodo silencio, Tomás dijo:

— Sé que lo que pasó el domingo anterior en la iglesia evangélica es la causa de que hayas estado mal esta última semana. Te sentís culpable porque naciste en una familia judía y no querías matar a ningún nuevo loco que se creía el hijo de Dios. La llegada del Mesías es más popular entre los judíos de lo que es la parusía entre los cristianos, así que seguramente vos fuiste el primero en sospechar lo que estaba sucediendo en Puerto Esperanza, pero el último en convencerse de la verdad. La idea del fraude de un nuevo Jesús debió haber estado en tu mente desde siempre, ¿no es acaso eso lo que todos los judíos creen? Además, cuando hiciste el falso milagro y caíste en la piscina, debiste haber pensado en todo eso. Pero vos no querías creer, te aterraba la idea de que pudiera ocurrir de nuevo.

Tomás hizo una pausa y miró a los ojos a su amigo.

— En la iglesia evangélica, te pusiste muy nervioso cuando empezaron a hablar *en lenguas* —continuó diciendo—. En ese momento no comprendí tu nerviosismo, pero ahora que lo pienso creo que se debió a que te hizo acordar al idioma hebreo. Tenías tan sólo ocho días cuando te mutilaron, pero hay evidencias científicas de que en nuestro inconciente quedan almacenados recuerdos incluso desde cuando estamos dentro del vientre materno. La circuncisión fue un suceso traumático en tu vida; quizás ese pedazo de carne no sea demasiado importante y no cumpla una función vital en el cuerpo humano, pero la ablación a recién nacidos afecta, en mayor o menor medida, a su futura personalidad de forma irreversible. Mi abuela tenía la teoría de que Freud había inventado el complejo de Edipo para justificar sus propios sentimientos homicidas hacia su padre como venganza por haberle cortado el prepucio: no creo que sea verdad, pero al menos es más creíble eso a que todos los hombres deseamos matar a nuestros padres para casarnos con nuestras madres.

— ¿Sabés algo sobre la teoría del filicidio de Rascovsky? —preguntó Santiago.

— Rascovsky fue un famoso y respetado hombre de ciencia que ayudó en muchos aspectos a los habitantes de nuestro país, pero no creo que su famosa teoría sea correcta. Pero es verdad que los padres son siempre los que más daños hacen a sus hijos. Por ejemplo, en la Biblia Dios manda a su hijo a morir en la Cruz por dudosas razones; o Abraham está dispuesto a sacrificar a su hijo porque se lo pide un hombre invisible que vive en el cielo. Si bien es cierto que en todas las culturas primitivas se mataba a los hijos con total normalidad, no creo que el instinto filicida sea algo habitual y universal en todas las culturas actuales. Sin embargo, la circuncisión tiene

connotaciones molocquianas, o sea del culto judío a Moloc que exigía el sacrificio ritual de todo primogénito.

— Me sorprende que sepas tanto, ¿por qué no estudiaste psicoanálisis?

— Porque no me gusta sentir autocompasión. No puedo vivir mirando hacia atrás, analizando lo que pudieron hacer o dejar de hacer mis padres, ni tampoco proyectar día a día en un consultorio todos mis traumas y frustraciones de la infancia hacia mis pacientes. Aprendí que lo que cura no es hablar sobre el pasado para poder interpretarlo, sino la relación íntima y de confidente que logra el paciente con el psicoanalista. Cumple una función similar al sacerdote.

Luego Tomás apoyó una mano en forma amistosa sobre el hombro de Santiago.

— Estamos en occidente, es inevitable que no nos contaminemos con la moralina judeocristiana imperante. Cada uno carga su cruz como mejor puede —dijo, y era imposible saber si estaba hablando en serio o estaba siendo irónico. O quizá la ironía estaba tan arraigada en su personalidad que estaba siendo irónico incluso sin quererlo—. Las personas con buenos amigos nunca necesitan terapia con ningún curandero de la mente. Además, los amigos son mucho más baratos. Vos sos una buena persona, no tenés que sentir culpable por algo de lo que claramente no tenés nada que ver.

Santiago sonrió y se despidió de su amigo, agradecido por sus palabras aunque sabía que no era necesario un agradecimiento en forma verbal.

— Ahí viene tu Némesis —dijo Santiago antes de irse, viendo que Federico se acercaba a donde ellos estaban.

Al final del pasillo, miró hacia atrás y vio que los primos no discutían. En realidad los dos estaban en silencio y eso lo preocupó más que ninguna otra cosa.

Empezaba a anochecer y la temperatura descendía no tan lentamente. Tomás se quitó el abrigo, se lo dio a su primo y esperó a que él le devolviera el suyo, pero Federico se puso su campera de jeans arriba del buzo. En realidad, Federico no hizo eso para molestarlo sino para que Tomás le hablara, o que por lo menos lo insultara. Sin embargo, no consiguió su objetivo: Tomás se alejó lentamente por el pasillo sin siquiera decirle ninguna palabra, abrigado con tan sólo una remera a pesar del frío.

Federico se quedó sólo unos minutos y luego fue a la habitación de Ezequiel. Había acordado con la madre de éste que él lo cuidaría esa noche.

— ¿Querés que te compre una nueva mascota? —preguntó Federico pocos minutos antes de la medianoche, antes de que su hijo se durmiera.

— No —respondió Ezequiel desde su cama.

— ¿Por qué no?

— Porque Bauer no se puede reemplazar. Además, si tengo otro perro lo pueden matar también y eso me pondría triste de nuevo —dijo, bajando su vista—. Lo que me tendrías que comprar es un nuevo tío. ¿Sabías que tío Tomás se va a España?

Federico no contestó. Durante los últimos días había estado pensando en eso que le había dicho Tomás, pero tenía la esperanza de que se tratara de una mentira.

— ¿Tío Tomás te dijo eso? —preguntó.

— Sí, cuando estábamos en casa de Joaquín. ¿Vos podés decirle que no se vaya?

— Va a ser inútil —dijo Federico mientras acomodaba las mantas alrededor de su hijo—. Tío Tomás no me hará caso. Está enojado conmigo porque le hice algo malo.

Se alejó de la cama y fue a apagar la luz pero Ezequiel le dijo que no lo hiciera.

— Por favor, hoy no —insistió el chico con voz suplicante.

— Está bien, pero sólo por hoy —dijo Federico al mismo tiempo que se sentaba en el sofá—. Desde mañana vas a volver a dormir con la luz apagada.

— ¿Y si ellos vienen de nuevo?

— No, no van a venir. Yo estoy acá.

Padre e hijo se miraron directo a los ojos.

— Yo estoy acá —volvió a repetir Federico, esta vez con voz más leve pero más segura.

Ezequiel supo que no tenía nada más que temer y pocos segundos después se le cayeron lentamente sus párpados y quedó profundamente dormido.

*Toda la noche Santiago había estado inquieto y no pudo dormir ni un segundo porque esperaba temeroso que de un segundo a otro vinieran a matarlo, pero nadie llegó. Había amanecido un par de horas antes, cuando de pronto la puerta se abrió lentamente. Lo primero que vio fue la hoja afilada de un machete. Su madre entró y cerró la puerta rápidamente. Bajó corriendo por las escaleras y se acercó a él. Santiago la miró con atención y se convenció de que ella jamás lo mataría.*

*— Me obligaste a elegir entre mi comunidad y mi hijo, y esta es mi respuesta — dijo la señora Fresler con voz extrañamente inexpresiva porque trataba de ser fuerte y no demostrar sus sentimientos—. A pesar de que lo correcto sería matarte, no puedo hacerlo. Una madre no puede matar a su hijo aunque éste sea un goy.*

*Luego de estas palabras, levantó el machete sobre su cabeza y corrió a romper el tragaluz, haciendo volar restos de vidrios y maderas por todos lados.*

*— Tu padre pronto vendrá para matarte, así que esto es lo único que puedo hacer para ayudarte —dijo—. Quiero que escapes y que no vuelvas nunca más.*

*Santiago miró los ojos de su madre, los cuáles estaban rojos e hinchados de tanto llorar. Algo en ella había cambiado para siempre y nunca más volvería a ser igual que antes. Él sabía que cualquier cosa que dijera la lastimaría más, así que trepó con cuidado por la pared y escapó por el tragaluz lo más rápido que pudo.*

*El sol brillaba en el cielo y sus feroces rayos llegaban hasta él para acariciar su cara pero también para lastimar sus ojos. No podía ver nada y llevó una mano hasta su frente para proteger su visión. Mientras su iris disminuía de tamaño, pensó por un instante en el Hombre de la Caverna de Platón, porque él mismo se sentía así en ese momento. Lo irónico era que se había convertido en hombre antes de cumplir los trece años, a pesar de —o gracias a— no haber realizado su Bar Mitzvah.*

*Minutos después, Santiago se encontraba a dos cuadras de su casa caminando de prisa aunque con rumbo incierto, con el sol en su espalda. Meditó sobre cómo fue que esa inocente y primitiva costumbre de adorar al sol se había ido transmutando lentamente hasta convertirse en religiones genocidas. ¿Cuántos crímenes se habían cometido en el nombre de aquella estrella?*

*Por una de esas ironías de la vida, llegó a la Plaza Libertad. Santiago había sido desafortunado toda la vida, pero su suerte estaba a punto de cambiar. Primero encontró un suplemento sobre un asiento; se trataba del relato «La Casa Vacía» de Conan Doyle. Se alegró de saber que Sherlock Holmes no había muerto. Luego, se sentó y empezó a hojear el suplemento, pero una anciana no tardó en sentarse a su lado: era la misma señora que estaba alimentaba a los pájaros días antes.*

*—Te olvidaste este libro el otro día —dijo la anciana tendiéndole «La Metamorfosis».*

*— Gracias —dijo él—. Me llamo Santiago ¿y usted?*

*— Sí, mi vida, sé que te llamás Santiago Fresler. Lamento no haber llegado antes. Seguí a tu madre hasta un supermercado y la vi muy triste, así que supe que algo muy malo estaba pasando. Cuando me enteré que estabas cautivo en tu sótano fui inmediatamente a buscarte con Daniel. Te vimos escapar y te seguimos hasta acá.*

*— ¿Quién es Daniel? ¿Quién es usted? ¿Cómo sabe quien soy y qué me pasó? — dijo Santiago, pero no tenía miedo sino sólo mucha curiosidad.*

*— Me llamo Aurora Di Bastian —dijo la anciana amablemente—. Daniel Andrade es un buen amigo mío, es quien te defendió el otro día de ese muchacho rubio. Sé quien sos porque investigué sobre vos. Quiero que sepas que no estás solo, ahora irás conmigo.*

*Mientras la anciana decía estas palabras, un lujoso auto blanco estacionó a unos metros de ellos dos.*

*— Ahí vinieron a buscarnos —dijo.*

*— Señora, disculpe, no creo que usted sepa quien soy. Se equivoca de persona.*

*— Sos claustrofóbico —dijo tranquila la señora Di Bastian—. Aunque tu claustrofobia es más metafórica que real: no te gustan los lugares cerrados, la oscuridad ni los secretos. Querés luz. Yo también, y conozco a mucha gente igual.*

*La señora Di Bastian entró al auto en el asiento del acompañante y abrió una puerta trasera. Santiago no tenía nada que perder, así que subió al auto, con una seguridad que sólo entendería aquel que no tenía más hogar, familia ni amigos.*

*Al entrar Santiago al vehículo, el chofer se dio vuelta y lo saludó amablemente. Era Daniel Andrade. Iba vestido pulcramente con un traje negro, camisa blanca y corbata roja estampada; tenía un gorro negro que le daba una simpática apariencia.*

*— ¿Cuál es el final definitivo de Gregorio Samsa? —le preguntó amigablemente mirando el libro que él tenía entre sus manos.*

*Santiago no recordaba que esa información estuviera en la obra. Había leído muchos análisis críticos de ese libro, sobre su contexto, significado y valor literario; sin embargo, nunca nadie mencionó algo sobre el final del protagonista, algo que ahora él consideraba una cosa fundamental. Gracias a su memoria fotográfica, se concentró y repasó mentalmente las líneas de las últimas páginas del famoso libro de Kafka. Luego sonrió, pero no dijo nada.*

*— Yo sabía que eras uno de los nuestros —dijo Daniel, al mismo tiempo que aceleraba el vehículo.*

A las dos de la madrugada, continuaba despierto. A pesar del alivio que sentía porque los chicos secuestrados ya estaban bien y por haber impedido que se aprobara la ley de circuncisión obligatoria, Santiago no estaba contento. Yacía triste, casi moribundo y sin decir palabra, sentado en el sofá del living de su apartamento.

— Ya terminó todo —dijo Irene para reconfortarlo.

— Esto no es el fin. A veces pienso que no terminará nunca. Vos también te criaste en una familia muy religiosa, ¿por qué eso no te afecta tanto como a mí?

— Lo mío no fue tan traumático como lo tuyo. Pero no hablemos de mí, hablemos de vos. No tenés la culpa de que los sionistas hayan matado a miles de palestinos y robado sus tierras, y tampoco de lo que pasó con esos chicos —dijo Irene.

Santiago no contestó nada y se quedó inmóvil, como si estuviera en un estado catatónico del cual nunca volvería. Irene entró al dormitorio y dejó a su novio solo en el living. Sabía que era cuestión de tiempo antes de que él se pusiera mejor, pero igual ella se sentía mal al verlo así.

En menos de cinco horas, Santiago tenía que ir a la facultad para dar una clase sobre evidencias: todavía era importante que las personas aprendieran a distinguir la verdad en medio de tantas mentiras. Se recostó en el sofá, ya que no quería ir a dormir a su cama, porque sabía que no se despertaría para las siete de la mañana. Tenía ganas de llorar pero lo peor de todo era que no podía hacerlo. Su tristeza lo invadía por dentro y no podía escapar ni esconderse de ella, y sentía que pronto lo carcomería definitivamente. Sólo quería ser un humano más, uno libre y sin ninguna etiqueta que lo ligara a grupos ni a tradiciones ni a rituales ni a ninguna de esas payasadas.